



especial WANG XIAOBO
El placer de pensar | Mi hogar espiritual | La mayoría silenciosa | Un cerdo independiente | La edad de oro | Qué significa Wang Xiaobo por Li Yinhe | Mito y contramito por Dai Jinhua ■

rct
revista china traducida n° 2



sumario

especial WANG XIAOBO

traducciones

El placer de pensar | 3

Mi hogar espiritual | 11

La mayoría silenciosa (fragmento) | 15

Un cerdo solitario (fragmento) | 19

La edad de oro (capítulo 1) | 22

tesituras

Qué significa Wang Xiaobo,

por Li Yinhe | 26

Wang Xiaobo: Mito y contramito,

por Dai Jinhua | 29

Del estudio al supermercado: el

contexto cultural de la China

noventera | 31

原文 | originales

思维的乐趣 | 32

我的精神家园 | 35

沉默的大多数 (片断) | 36

一只特立独行的猪 (片断) | 38

黄金时代 (第一章) | 39

王小波的意义, 李银河 (著) | 40

反神话与神话, 戴锦华 (著) | 41

rct

revistachina traducida

nº 2

ISSN 2386-5210

Edita: China Traducida

Callejón de los Pinchos, 4

18010 Granada (Andalucía)

Equipo editorial: Tyra Díez, Anna Boladeras,

Manuel Pavón Belizón.

www.china-traducida.net

✉ info@china-traducida.net

f China Traducida

t @chinatraducida

China Traducida

Nuestro agradecimiento a la doctora Li Yinhe por habernos concedido el placer de traducir a Wang Xiaobo, además de expresarle nuestra más profunda admiración por la inteligencia, generosidad y valentía de su labor como académica.

Gracias a ©Dai Jinhua por sus siempre esclarecedoras interpretaciones en «Mito y contramito», parte del cual hemos traducido aquí.

Imágenes de portada y páginas 2, 9, 10, 14, 23, 24-25 y

contraportada por ©Boyan Li

facebook.com/boyanphotography | simonlishuang@gmail.com

Revista semestral gratuita disponible en www.china-traducida.net/rct/

Para recibir el aviso de los próximos números por correo electrónico, puedes escribirnos a info@china-traducida.net

Excepto los contenidos detallados arriba, *Revista China Traducida (RCT)* se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Atribución-No comercial-Sin obra derivada 4.0 Internacional. Para ver los términos de esta licencia, visite: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



“hazlo con lo que tengas, pero hazlo”

editorial

Uno de los objetivos primordiales que nos marcamos al iniciar la publicación de RCT fue dar visibilidad a la diversidad de voces que se dejan oír en la China contemporánea, esas voces calladas o acalladas que constituyen una mayoría silenciosa a la que, desde nuestra ubicación geopolítica, mal o bien que nos empeñemos, nos cuesta acceder.

En este segundo número de RCT hemos querido centrarnos en una de ellas, cuya ausencia resultaba esclarecedora de la plana y plena sosería con la que suele tratarse todo lo relacionado con ese enorme espacio humano que la palabra «China» resume. Así, os traducimos aquí una mínima parte de esos «gruñidos de perro y púas de erizo» que, pensamos, resumen vívidamente la a un tiempo amarga y exuberante prosa de Wang Xiaobo (1952-1997).

Wang Xiaobo se ha erigido en una de las figuras fundamentales de la literatura china contemporánea, y no sin cierta controversia: *mito* en tanto que su trayectoria y ascenso han tomado un atajo inusual hacia sus lectores, incondicionales y multitudinarios, sin padrinos mediáticos ni políticos, sin «ismos» ni «escuelas»; y *contramito* puesto que ese favor del público lo goza precisamente por martillear insistentemente el mito más ubicuo de todos, a saber: que el pensar y el placer y todo lo que de ello deriva es un patrimonio de un puñado de biempensantes, ya sea esta buena gente cuadros del Partido, asesores de banca, maestros de moral o, por qué no decirlo, «euroamericanos» encumbrados.

Otros muchos mitos apalea Wang Xiaobo al demoler este solo. Su voz y, sobre todo, su mirada nos conducen más a la sempiterna inquietud humana que a un contexto condicionado – provincialismos de tiempo y lugar que, por tanto, creemos huelga explicitar aquí–. Él solo se basta y sobra. Esperamos haber hecho honor a esta difícil sencillez. ■

在此我们由衷地感谢李银河博士批准本杂志翻译并发表王小波先生的作品。获此殊荣，倍感荣幸；从我们也获得了无比的乐趣。与此同时，我们向您的智慧、慷慨及学术工作的勇气致以崇高的敬意。



El placer de pensar

Wang Xiaobo | 王小波

I

Hace 25 años, cuando me enviaron al campo a alistarme en las brigadas [1], me llevé varios libros conmigo, entre los cuales estaba *Las Metamorfosis* de Ovidio. La gente de nuestro equipo lo mareó y mareó, lo leyó y relejó, hasta que se quedó cual alga marina. Después la gente de otros equipos lo tomó prestado, y lo fui viendo en distintos lugares, con un aspecto cada vez más deteriorado.

Creo que finalmente se desvaneció.

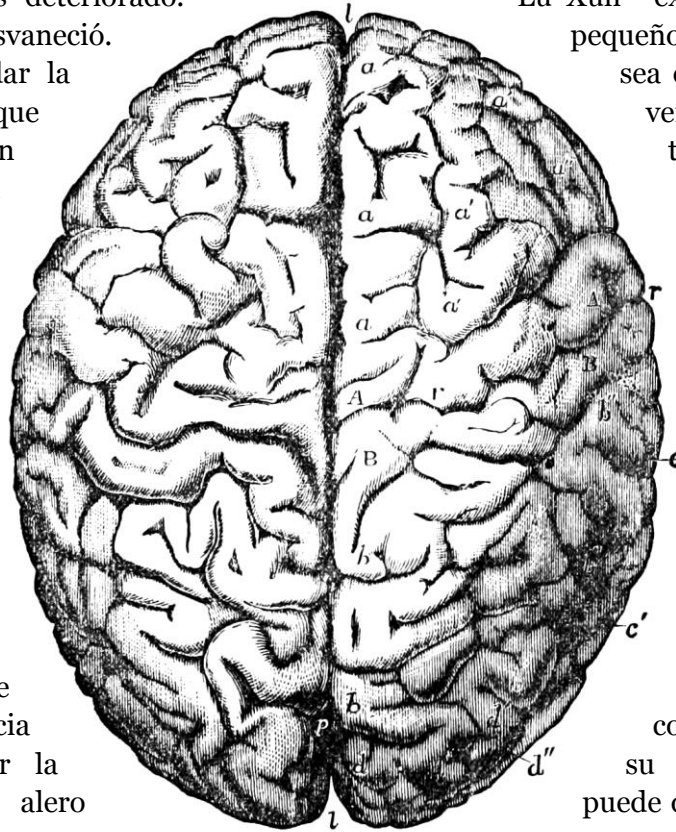
Aún hoy me cuesta olvidar la misera condición en la que quedó ese libro. La vida en las brigadas era dura, la comida escasa, el terreno inhóspito, mucha gente enfermaba, pero el mayor sufrimiento de todos era no tener libros que leer —de haberlos tenido, *Las Metamorfosis* no se habría esfumado tan miserablemente. Porque salvo por eso, no había manera de obtener el placer de pensar. Creo que esto no es una vivencia únicamente mía: al caer la noche, sentarte bajo el alero mirando cómo el cielo se ennegrece lentamente, con el corazón desolado, y sentir que la vida te está siendo arrebatada. Era joven entonces, pero temía sobrevivir a esta clase de vida, hacerme viejo así. Para mí esto era más aterrador que la muerte misma.

Hoy día pienso que los cuadros militares que nos vigilaban en los equipos de producción eran un puñado de gente buena y simplona, pero también que nadie en esta vida me ha hecho sufrir tanto. Ellos creían que el llamado placer de pensar

consistía en ocuparlo veinticuatro horas al día con el pensamiento de Mao Zedong, temprano por la mañana pedir instrucciones, tarde por la noche presentar informes, y si teníamos tiempo libre, ir a verles recitar su propia versión del espectáculo *La antigua capital de Asia*. En principio yo no tenía nada en contra de tales danzas, pero después de haberlas contemplado veinte veces sencillamente me hartaban. Y si acaso nos pillaban leyendo un libro, era una calamidad, aunque fuese del propio

Lu Xun —exceptuando por supuesto el pequeño libro rojo. Porque dicho sea de paso, hubo gente que de veras tuvo problemas por traer antiguas ediciones de Lu Xun. Un truco que a veces nos seguía funcionando entonces era cubrir un libro interesante con una portada aburrida.

Yo no creía que inmerso en rituales de culto pudiese obtener ningún placer del pensar, así que siempre andaba deprimido. Otros escritores han contado historias parecidas a esta, como por ejemplo Zweig en su *Novela de ajedrez*, que puede que sea un clásico moderno, pero que a mí no me parece una descripción muy atinada de este tipo de sufrimiento. El culmen de este no consiste en estar cautivo y aislado sin libros que leer ni colega con quien conversar, sino en sentir, cuando te sueltan fuera, la misma soledad entre cielo y tierra, en mirar de frente al compañero que padece tu mismo martirio. Antes de nosotros vivieron innumerables genios, como por ejemplo Russell, Newton o Shakespeare, cuyo pensamiento podría habernos evitado esto de no haber sido separado



radicalmente del nuestro. El primer deseo de cualquiera que necesite la alegría del pensar es aprender. Y aunque admito que no me resistí a este dolor lo suficiente, en absoluto fui yo el peor. Sirva de ejemplo el señor Russell, que sintiéndose desolado cuando apenas tenía cinco años, pensó: «Si llegase a los setenta, ¡ya habría cumplido una decimocuarta parte de esta desgraciada vida!» Pero cuando creció y entró en contacto con los destellos de las mentes geniales, cambió de parecer. Si el Partido le hubiese enviado al campo a alistarse en las brigadas, muy probablemente se habría suicidado.

Al hablar sobre el placer del pensar, recuerdo la triste suerte de mi padre. Profesor de filosofía, durante las décadas de los cincuenta y sesenta estuvo inmerso investigando la historia del pensamiento. Viejo ya, me relató su propia experiencia académica, que parecía una película de terror. Siempre que intentaba exponer sus argumentos, debía hallar primero su propia posición dentro del gran sistema oficial de pensamiento único, cual vieja gallina buscando donde poner sus huevos en el patio de una finca [2] en plena mudanza. El resultado fue que, aún apasionándole la ciencia y siendo muy perseverante, nunca en su vida obtuvo ningún placer del pensar, tan solo cosechó innumerables fobias. De la búsqueda de su vida solo quedaron algunas ruinas desperdigadas, recogidas en un libro titulado *Investigaciones en lógica*, publicado tras su muerte. Como es sabido, para los intelectuales de su generación el haber sido capaz de escribir un solo libro no está nada mal. Precisamente porque en esa generación hubo quien quiso hacer del pensamiento de los chinos algo radicalmente insulso. En nuestro país son muy pocos los que consideran que pensar puede ser placentero, y por el contrario muchos los que han sentido pánico al pensar, por lo que hoy en día aún son demasiados los que creen que el gusto del pensamiento ha de ser precisamente ese.

II

Tras la Revolución Cultural, leí un artículo del señor Xu Chi [3] sobre la Conjetura de Goldbach, una pieza muy romántica. Cuando alguien escribe sobre algo que no entiende es muy fácil ser así de romántico. Yo considero que, para un intelectual, el poder intercambiar opiniones con sus colegas de

profesión es un placer básico. Cuando Chen Jingrun [4] resolvía problemas matemáticos desde su cuartucho, necesitaba sin duda leer revistas matemáticas extranjeras, pero también oportunidades de conversar con sus colegas del mundillo. Pero no las tuvo, así que no debió ser feliz, por mucho que su vida fuera más dichosa que la de aquellos que no tenían nada que probar. Dedicarle décadas a probar un teorema, aun cuando resolverlo proporcione el más intenso de los placeres, no compensa. Pero estar sentado y aburrido en soledad es aún más insoportable. Si hubiese comprendido la teoría de números cuando me mandaron a las brigadas, habría sin duda procedido como el señor Chen Jingrun, y no me habría arrepentido ni aunque si al final no hubiese conseguido probar nada; pero esta historia es evidentemente más trágica que la que describe el señor Xu Chi en su artículo. Aun así, a quien más compadezco no es a aquellos que han sido privados de las tres alegrías del aprender, el intercambiar y el contribuir. Esto me lo reservo para los que han sido privados del «interés».

Tras la Revolución Cultural leí también la novela de A Cheng sobre jóvenes ilustrados [5] que jugaban al ajedrez, también muy romántica. Cuatro de cada cinco partidas que en mi vida he jugado al ajedrez ha sido en las brigadas, al tiempo que pasaba de ser un jugador pasable a uno irremediablemente mediocre. Ahora cada vez que se mencionan juntas las palabras «ajedrez» y «brigadas» se me revuelve el estómago. Porque cuando no se tiene nada más que hacer que jugar al ajedrez, no hay apenas diferencia entre la aptitud y la masturbación. Yo nunca hablaría de algo tan aburrido en una novela.

Aquel que ha comido cada día lo mismo, ha hecho cada día lo mismo, y además ha visto las ocho óperas modelo [6] una y otra vez, que las ha visto y oído hasta el grado de saberse de la primera hasta la última frase, ése es por quien más me dolería. El dicho de Russell que más comparto: «La diversidad es esencial a la felicidad» [7]. La inmensa diversidad es creada por personas de pensamiento ágil y profundo. Por supuesto, sé de algunos que no comparten nuestra opinión. Tienen por cierto que un solo y único mecanismo es la fuente de la felicidad. Lao Zi dijo eso de «vaciar la mente de las gentes y llenar su estómago», que no me gusta mucho; los letrados de la dinastía Han desterraron las cien escuelas [8] para venerar

únicamente al confucianismo, lo cual me parece un acto despreciable; Tomás Moro imaginó una utopía perfectamente detallada, pero yo, al igual que Russell, no querría vivir en ella. Los últimos en esta lista son algunos cuadros militares de buen corazón, que quisieron extirpar todo lo que había en mi cerebro, dejando tan solo un pequeño libro rojo de doscientas setenta páginas. En algunos aspectos de la vida no queda más remedio que soportar cierto grado de monotonía y automatismo, pero el pensamiento no puede estar entre estos. Pensar sin ton ni son no tiene ningún interés, lo interesante es el sentido y lo novedoso. En este mundo donde vivimos, la mayor desgracia es que existan personas que se opongan con tal ferocidad a la novedad.

Creo que el período más feliz de mi vida fue cuando entré en la universidad, porque para mí la ciencia es novedad, además siempre perfectamente lógica e invulnerable, algo extraordinario en este mundo polvoriento y mediocre. También tuve ocasión de conocer el intelecto portentoso de los hombres de ciencia que nos precedieron. Era algo parecido a lo que sucede cuando juegas con un ajedrecista brillante, que aunque uno resulta siempre derrotado, tiene no obstante la oportunidad de apreciar una jugada maestra. Para mis compañeros, que compartían mi edad y vivencias, esta experiencia fue similar. Pues aunque ciertos actos mecánicos y monótonos, como comer, defecar o tener sexo, pueden conllevar también sensaciones placenteras, son tan ordinarios que no se pueden comparar con ese otro tipo de alegría. Una alegría que puede proporcionar el arte, aunque ha de ser por fuerza el de verdaderos maestros, como Newton, Leibniz o Einstein, una excelencia tal que nadie ha alcanzado aún en la China de nuestros días. Disculpenme por expresarme francamente: las únicas cosas capaces de proporcionar alegría al pensar son las más altas creaciones de la inteligencia humana. Las cosas de menor categoría que esto, solo provocan dolor; y este tipo de producciones menores provienen de toda clase de ideas utilitarias.

III

La opinión de que es necesario adoctrinar al órgano del pensamiento humano (el cerebro) continúa hoy en imparable ascenso. Para mí el

cerebro es el órgano capaz de percibir la más alta dicha, tratar de presionarlo con ideas utilitarias es una opción cuestionable. Hay quien dice que es una herramienta para ejercer la competitividad, de modo que deberíamos poder hablar antes de llegar a este mundo, y sabernos poemas de memoria antes de los tres. Usado así, cualquier felicidad que pudiera aún lograr sería en realidad precaria. Aunque el conocimiento diera felicidad, reducido a una píldora inoculable perdería todo el placer. Claro que no es asunto mío el que haya gente dispuesta a educar así a sus hijos, he de limitarme a compadecer a esos niños y ya está. También hay quien considera que el cerebro es una herramienta para indicar la bondad propia, por lo cual resulta necesario memorizarse un buen puñado de máximas y doctrinas –de hecho, esto supone el deseo de verse mejor de lo que uno realmente es, pura vanidad. Todo esto me causa cierto grado de sufrimiento, aunque no llega a ser insoportable. Ningún tormento es comparable al que siempre haya aquellos que, aduciendo todo tipo de razones, traten de erradicar esa diversidad que la felicidad requiere. Entre los argumentos que esgrimen quienes esto intentan, el más importante es el moral; y más exactamente, aquél que se deriva de consideraciones utilitarias. De ahí, proceden a clasificar el pensamiento en diferentes categorías, separando lo bueno de lo malo, a pesar de que sus criterios sean muy discutibles. Creen que si al cerebro se le imbuye de cosas buenas, la gran paz sobrevendrá a todo lo que hay bajo el cielo. Así, se disponen a usar al ejército de turno para moldear nuestro comportamiento, y el de los jóvenes. Pero si convenimos en que el pensamiento es la faceta más importante de la vida humana, entonces, proceder a cambiarlo a partir de una motivación utilitaria es exactamente igual que matar a alguien en nombre de su propia felicidad, es decir, sin razón alguna.

Algunos piensan que la gente debe empaparse de todo el pensamiento honorable y desembarazarse de todo el bajo e inmoral. Este argumento puede sonar maravilloso, pero a mí me provoca un pánico inmenso. Porque yo mismo soy la suma de ambos, del noble y del mezquino; si desecho una parte, sería mi propia identidad la que devendría problemática. De existir un caballero de honorable pensamiento, lo admiraría muchísimo; pero si por ello quisieras extirparme el cerebro, transformarlo en el suyo, me negaría en

rotundo, a menos que me pudieran probar culpable del crimen más execrable, de ese que ni la muerte puede expiar. Tan solo por el hecho de vivir, uno tiene derecho a que se le garantice la continuidad de su pensamiento, hasta que la muerte le de descanso. Sobre todo porque qué sea lo noble y qué lo mezquino es juzgado desde su propia perspectiva, y aceptarlo sin cuestión, sería lo mismo que invitar a esas gallinas de cándido pensamiento a poner sus huevos en mi cerebro, y en suma me niego a creer que mi cuello sea en realidad el lugar donde crece un gallinero. Esos años, yo era también un inmoral a ojos de los cuadros militares; su deseo de imponerme su forma de pensar, su manera de vivir, supuso un tipo de trasplante cerebral. Dijo Fielding que personas buenas a la par que grandiosas hay pocas, incluso son algo único e irreplicable, así que ese trasplante cerebral me trajo no solo bondad sino también estupidez. Aquí voy a usar mal que me pese una fórmula utilitaria: en el mundo real, los tontos no logran nada. Por supuesto que yo mismo desearía ser más bueno, pero esta bondad debería volverme más inteligente, y no al revés. Ya lo dijo Heráclito hace siglos, bien y mal son uno, como el camino es el mismo hacia arriba que hacia abajo. Si no sabemos qué es el mal, ¿cómo saber qué es el bien? Así pues, lo que ellos me exigían no era sino que repitiera lo que otros cacareaban y nada más. Si creyese en Dios (que no creo), y además estuviera preocupado precisamente por no saber distinguir el bien del mal, le pediría el juicio necesario para distinguir lo correcto de lo erróneo, pero nunca que me dejase ser tan estúpido como para permitir que otros me inocularan sus criterios de distinción. Y si aún Dios me ordenase acatar tal adoctrinamiento, le pediría entonces que me diera a elegir entre eso o el infierno, y mi elección inamovible sería este último.

IV

De querer pormenorizar el período de mi vida donde fui más bueno, hablaría de mis tiempos en la brigada, cuando deseaba de todo corazón liberar a la humanidad entera, sin pensar ni una pizca en mí mismo. Al mismo tiempo he de reconocer que por aquel entonces yo era muy tonto, así que no solo no logré hacer nada, sino que además contraí una enfermedad en todo el cuerpo que me hizo regresar volando a la ciudad dejando todas mis

cosas atrás. Ahora creo que la estupidez es un mal tremendo; degradar la capacidad y la inteligencia humana no es sino el más grande de los crímenes. En consecuencia, adoctrinar en la estupidez, es el crimen más grave de los buenos. En este sentido, no se debe bajar nunca la guardia con ellos. Pues de haber sido un vil seguidor del mal el que me hubiese embaucado, aún podría haber reequilibrado mi corazón, pero el haber sido engañado por gente buena e idiota, eso no puedo perdonármelo.

Si se me permite concretar el período donde he sido menos bueno, sería el actual. Ya sea porque algo me he cultivado, o quizá porque he madurado, pero en cualquier caso si ahora me pidiesen que fuera a liberar a no sé qué gente, sin duda lo primero que preguntaría es quién es esta gente, y por qué necesitan ayuda; luego me preguntaría si tengo capacidad para ayudarles; por último me pensaría mucho si acaso correr a Yunnan a hacer espeleología remediaría en algo su situación. Razonando así, seguro que no me habría unido a las brigadas. Ante la presión del líder, tendría que haber ido de todas formas, pero después de todo excavar las colinas verde esmeralda, causando la erosión del suelo y demás, no habría sido culpa mía. La gente generalmente piensa que los buenos e idiotas son inocentes. En caso de que la idiotez sea congénita, estoy de acuerdo. Pero la inteligencia puede desarrollarse, así que la idiotez adquirida no cuenta como inocente –además, no hay nada más conveniente que hacerse el tonto. Por supuesto, con esto no quiero decir que los cuadros militares de aquellos años fuera una generación de malvados haciéndose los tontos – hoy día sigo creyendo que eran buena gente. Mi conclusión es que si acaso puede juzgarse el bien y el mal, la condición fundamental para ello es el desarrollo del intelecto, la ampliación del saber. Aun así, si sugieres esto a una persona que ya se considera capacitada para tal juicio, siempre podría creer que pretendes distraerla de lo concreto mediante lo obtuso, y no solo podría negarse, sino que hasta podría ofenderse. Y yo no pretendo ofender a nadie por asunto tan nimio.

Ciertamente tengo ahora mi propio criterio del bien y el mal, y no me desenvuelvo peor que otros. Creo que la estupidez, el prejuicio, y la pobreza de pensamiento son los más grandes males. De acuerdo con este criterio, algunos dirán que cuando soy más bueno, más malo soy; y otros que

cuando más malo, más bueno. Huelga decir que no tengo intención de recomendar este criterio a nadie, aunque pienso que la gente inteligente, con amplitud de miras y conocimientos merece más confianza que otro tipo de personas. Y en base a esta convicción, pienso que nuestro país perdió un sinnúmero de oportunidades cuando desterró las cien escuelas para venerar únicamente al confucianismo.

Nuestro pueblo siempre ha tenido muchas razones para acerrojar el saber, reprimir el pensamiento, inocular la bondad, de forma que innumerables talentos han perdido en su vida toda oportunidad de aprender, comunicar o contribuir, y han muerto sin alcanzar el placer de pensar. Al recordar que mi padre fue uno de ellos, se me ensombrece el corazón; al pensar que la suma de personas como él excede las infinitas arenas del Ganges, me inclino al pesimismo. Los motivos de esta tragedia son, claro está, los muchos y variados problemas que siempre han existido en el mundo real. Los eminentes siempre han creído que si el mundo entero fuese tan bueno como ellos desearían –más exactamente, si todos pensásemos como ellos desearían, «sin pensamientos depravados» o «luchando sin remisión contra pensamientos egoístas» [9] - el mundo podría redimirse. Quienes esto esgrimen son ellos mismos inocentes y desinteresados, y por supuesto no saben qué sea el egoísmo o la maldad, por lo que su exigencia consiste en: lo que yo no tenga, tu tampoco has de quererlo. Innumerables talentos han sido así ahogados. Tomando en consideración que la totalidad de esos talentos infinitos supone una inagotable fuente de recursos difícil de imaginar, esa ocurrencia es semejante a tratar de verter un océano en un frasco. La realidad que yo he visto es que tal ocurrencia se pone en práctica continuamente, o lo que es lo mismo, se buscan soluciones a los problemas mundanos desde el ángulo estúpido. En base a esto, creo que desde la dinastía Han nuestro pueblo sigue practicando un genocidio en el ámbito del pensamiento; el que yo razone así tan solo pone de manifiesto que soy uno de los supervivientes. Y aparte de mostrar mi más profunda desazón por esto, no se me ocurre nada más.

V

Aunque he vivido ya cuarenta años, sigo perplejo intentando comprender por qué siempre

hay tantos que detestan así la novedad, que aborrecen lo interesante. Los antiguos sentenciaron que de no haber engendrado el Cielo a Confucio, la eternidad habría sido noche profunda. Pero yo opino lo contrario. Si la historia hubiese conocido únicamente un gran sabio, que de una vez hubiese descubierto toda novedad, todo lo interesante, hubiese vislumbrado la verdad última y erradicado toda posibilidad de descubrir, yo preferiría haber vivido antes de que tal genio naciera, y esto porque, una vez descubierta la verdad definitiva, lo único que le restaría a la humanidad sería determinar juicios de valor en base a ella. Los chinos llevamos viviendo así desde la dinastía Han. Y a mí esta clase de vida no me gusta nada.

Creo que de todas las actividades de la inteligencia humana, ninguna es más simple que la de realizar juicios de valor. Un conejo es capaz de hacer juicios de valor –los lobos son malos, las conejas buenas; pero los conejos no se saben la tabla de multiplicar. Este hecho explica la razón por la cual a ciertas personas que carecen de otras capacidades les apasiona tanto el terreno de los juicios de valor. En caso de hacerlos sobre uno mismo, aún hay que pagar un cierto precio; pero hacerlos sobre otros es tan fácil y agradable. Me siento ciertamente incómodo al hablar de forma tan cruda, pero no lo lamento en absoluto. Porque el daño que nos ha hecho esta gente es sinceramente demasiado.

Entre todos los juicios de valor, el peor es el que criminaliza al pensar demasiado y demasiado profundo, al pensar que sobrepasa la comprensión de otros. Cuando experimentamos alegría al pensar no hacemos mal a nadie; desgraciadamente siempre hay quien se siente dañado. Lo cierto es que no todo el mundo puede experimentar este placer, pero nosotros no debemos sentirnos responsables por ello. No veo razón por la cual se quiera abolir esta alegría, a no ser que tengamos en cuenta la envidia de los miserables –en este mundo hay quien gusta de lo complejo y quien gusta de lo simple; nunca vi que los primeros envidien o dañen a la segundos, siempre he visto lo contrario. Si algo sé de las ciencias o de las artes, es que ambas emanan del vasto río del placer de pensar, y aunque beneficia a toda la humanidad, este río no es como algunos imaginan, fluyendo solo para ellos, de la misma manera que los que

piensan por placer no han nacido sino para sí mismos.

Para un intelectual es más importante pasar a formar parte de la quintaesencia del pensamiento que de la moral. Las personas tienen por supuesto la libertad de no reflexionar, de volverse por sí mismas estúpidas; no tengo ninguna objeción en este punto. La cuestión es si debe existir la libertad de reflexionar y volverse inteligente. Los que gustan del primer tipo de libertad piensan que sobrepasar cierta complejidad intelectual conduce el cerebro al caos, cosa que parecería tener cierto sentido. Si le pides a un llano campesino de las montañas remotas que vaya a trabajar a una planta química de la ciudad, puede que también él se sienta mareado al ver su complejo mecanismo, pero esto no es razón para dismantelar la industria química. Por eso, si los simples pudiesen ver que todo aquello que no entienden no va con ellos, mejor que mejor.

Me asombraría, pero no me asustaría, que el mundo que me rodea volviese a llenarse de cuadros militares y maestros de la moral de tiempos de la Revolución Cultural. Porque ya he vivido 42 años. En la universidad me topé con un profesor de matemáticas que se dedicaba a divulgar su ciencia como si de dicha se tratara, él hacía que estudiar matemáticas fuese un placer. Di con la persona que estimuló mi inteligencia. Tuve suerte y conseguí leer los libros que quise —una lista muy variopinta, desde *Historia de la filosofía occidental* de Russell, hasta novelas soterradas de la época victoriana. Estas últimas son en realidad insufribles, pero yo siempre he sido de leer hasta lo ilegible. Por supuesto, estoy más agradecido a los autores que han escrito buenos libros, como Bernard Shaw, Mark Twain, Calvino, Duras o tantos otros, pero tampoco es que deteste a los que han escrito malos. Yo mismo he escrito algunos, y aunque aún no he conseguido que los lectores de la China continental los lean, siempre me ha proporcionado un tanto de placer el crearlos. Esta trivial y mínima felicidad me hace sentir que algo he ganado en mi vida, algo más de felicidad que mi padre, algo más que toda aquella generación de jóvenes que se atormentarán en el vacío del pensamiento. Como alguien que ha experimentado tanto la felicidad como el sufrimiento, deseo que las próximas generaciones dispongan de espacios

en la esfera del pensamiento donde experimentar esta dicha, y que esos espacios sean más amplios que los que a mí me fueron dados. Y este llamamiento va destinado por supuesto a todos aquellos que están resueltos a servir como cuadros militares y maestros de la moral. ■

*Publicado originalmente por la editorial
Beiyue Wenyi Chubanshe en septiembre de 1996.*

Traducción y notas de Tyra Díez.

NOTAS:

(1) A partir de 1958, las cooperativas de estado avanzado pasaron a formar parte de las Comunas Populares, que se subdividían en Brigadas de Producción, con 200 a 300 familias, que agrupaban a su vez a los Equipos de Producción, de unas 40 familias cada uno, controlados por cuadros locales del Partido. A partir de los 1950 y hasta el fin de la Revolución Cultural en 1976, jóvenes urbanos con estudios, denominados como «jóvenes ilustrados» (知青), marcharon, tanto por voluntad propia como bajo coerción, a las áreas rurales más o menos remotas para «aprender de los campesinos pobres». En 1953, Mao afirmó que «el campo es una vasta expansión de cielo y tierra donde podemos florecer», lo cual se convertiría después en el slogan del movimiento conocido como Bajarse al Campo y subirse a la Montañas, que durante las décadas de los 60 y 70 envió a millones de estos jóvenes al campo a «reeducarse» y realizar labores agrícolas.

(2) En el original, *zhaiyuan* (宅院) se refiere a la tradicional vivienda china, compuesta normalmente por una residencia principal flanqueada a ambos lados por muros y habitaciones más pequeñas que dan a un patio interior.

(3) Xu Chi (1914-1996) fue un escritor y poeta chino conocido sobre todo por su pieza *La Conjetura de Goldbach* (1978), acerca del problema matemático aún sin resolver y el matemático chino Chen Jingrun, dando inicio con ello a la llamada «Literatura de reportaje» en China.

(4) Chen Jingrun (1933-1996) fue un brillante matemático que hizo relevantes contribuciones a la teoría de números, llegando a demostrar lo que se conoce hoy como «Teorema de Chen», un hito en la conjetura de Goldbach. Son célebres, y sintomáticas del ambiente regresivo del momento, las precarias condiciones en las que desarrolló su trabajo, en una habitación de seis metros cuadrados iluminada por una lámpara de queroseno. Estas condiciones, y los continuos ataques de los Guardias Rojos, le llevaron a un intento de suicidio en 1968.

(5) Se refiere a la novela *El rey del ajedrez* (Qi Wang, 1984), representante de la corriente literaria de la «Búsqueda de raíces», y que narra las peripecias de algunos de esos millones de «jóvenes ilustrados» en las aldeas remotas donde fueron enviados (Cfr. nota 1). Uno de ellos, un aficionado al ajedrez llamado Wang Yisheng se topa un día con un viejo que resulta ser un maestro ajedrecista que le enseña la técnica del juego usando los principios del Daoísmo.

(6) Durante la Revolución Cultural, se prohibieron la mayoría de las representaciones teatrales excepto esas «Ocho Óperas Revolucionarias Modelo», aprobadas por Jiang Qing, actriz y esposa de Mao Zedong.

(7) La cita original es: «Diversity is essential to happiness, and in Utopia there is hardly any. This is a defect of all planned social systems». Russell, HWP 521-2J

(8) Las cien escuelas es el nombre genérico bajo el cual se conocen las escuelas filosóficas que florecieron durante los períodos de Primavera y Otoño y los Reinos Combatientes, es decir, entre los siglos VI y III aC, y entre las cuales se encontraban el Confucianismo, el Daoísmo, el Moísmo, la escuela del Yin-Yang, los Lógicos, etc.

(9) La primera cita proviene de las *Analectas de Confucio* (capítulo 2); la segunda era un slogan ampliamente repetido durante la Revolución Cultural —nótese la finura del autor al sintetizar más de dos mil años de educación moral en una sola frase.





Mi hogar espiritual

Wang Xiaobo | 王小波

Cuando tenía trece años, solía ir al armario de los libros de mi padre y robarme alguno para leer. En aquella época, como el ambiente político estaba tenso, mi padre había guardado bajo llave todos los libros que no era conveniente dejar a la vista. Dentro de aquel armario estaban *Las Metamorfosis* de Ovidio, las traducciones que hizo Zhu Shenghao [1] de los dramas de Shakespeare e incluso el *Decamerón*. Aunque el armario estaba cerrado bajo llave, mi hermano sabía cómo forzarlo. Además, se las ingeniaba para convencerme de que fuera yo quien asumiera el riesgo: «eres más chico y más débil, papá no se atreverá a pegarte». La realidad, sin embargo, es que, en lo que se refería a pegarme, mi padre no parecía ser tan gentil y mis manos y piernas no eran tan ágiles, por lo que siempre acababa ofreciéndole la ocasión de zurrarme. En resumidas cuentas, yo robaba los libros para que los leyéramos los dos, mi hermano y yo, pero las palizas me las llevaba yo solito. Así nos leímos varios libros. Y aunque fuera yo quien se llevara siempre la peor parte, lo cierto es que no me arrepiento.

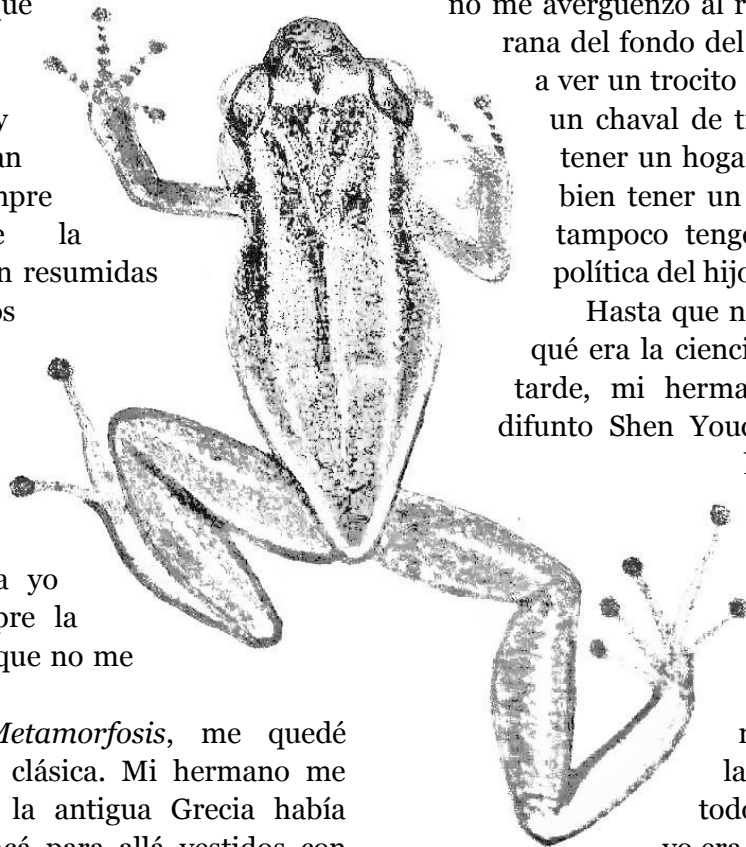
Cuando leí *Las Metamorfosis*, me quedé prendado de la Grecia clásica. Mi hermano me contó además que en la antigua Grecia había filósofos que iban de acá para allá vestidos con unas togas anchas. Un día, un filósofo fue a ver a un amigo; al ver que el amigo no estaba en casa, pidió una tablilla de cera y se puso a dibujar sobre ella. Trazó una línea curva, se la dejó a los familiares de su amigo y regresó a su casa. Cuando el amigo volvió, al ver aquella tablilla se llenó de admiración por el hermoso trazo curvo y, a toda

prisa, fue a esconderse cerca de la casa del filósofo para esperar agazapado a que saliera; entonces, se deslizó dentro de la casa, pidió una tablilla y dibujó primorosamente una línea curva... Resulta fácil adivinar cómo sigue la historia: el filósofo vuelve a su casa, encuentra la tablilla dejada por su amigo, vuelve a agarrar otra tablilla para dibujar una línea curva con todo el primor de su corazón, se la regala a su amigo y este queda totalmente embelesado. Ahora que ha pasado el tiempo, pienso que esta historia se la inventó mi hermano, pero en aquel momento me dejó cavilando un buen rato, hasta que al final, con una risilla tonta, dije: «Qué bueno». Ahora, treinta años después, no me avergüenzo al recordarlo. Al igual que la

rana del fondo del pozo [2] también alcanza a ver un trocito de cielo, del mismo modo un chaval de trece años también puede tener un hogar espiritual. Además, está bien tener un hermano mayor, aunque tampoco tengo nada que objetar a la política del hijo único [3].

Hasta que no me hice mayor no supe qué era la ciencia ni qué era el arte. Más tarde, mi hermano se hizo alumno del difunto Shen Youding, el gran experto en lógica, y yo me dediqué a estudiar ciencias; juntos hablábamos de lo que habíamos aprendido sobre las diferencias entre lo verdadero y lo falso o de nuestras experiencias con la termodinámica. Pero todo eso son cosas de cuando yo era un veinteañero. Algo más

mayor aún, estuve viajando por el extranjero; en Cambridge vi los manzanos que llevaron a Newton a percibir la fuerza de la gravedad y el «estanque de Byron» al que el poeta se lanzaba cojeando para nadar. Sin embargo, a mí siempre me venía a la mente la sensación en la infancia al contemplar desde lejos el firmamento de la inteligencia



humana. Las grandes construcciones siempre cuentan con una piedra fundacional y, de la misma manera, los primeros intereses son insustituibles. Quizá todos los sabios y todos los poetas han experimentado el escalofriante despertar a la conciencia de un niño ante las estrellas. Siempre he creído que este tipo de interés es para uno tan imprescindible como hacer el amor.

Suelo regresar a menudo a la infancia; al reflexionar sobre las cosas con la mente de un niño, los problemas más farragosos acaban volviéndose simples. Es obvio que la gente necesita un propósito para vivir, y este propósito es humanístico. Es como tener que recorrer un camino: si hubiera un tipo pedante con una regla en la mano pegándote para que camines, entonces ya no sería como recorrer un camino, sino más parecido a aprenderse de memoria un árbol genealógico. Dicen que en la Unión Soviética se enseñaba así a los niños: tenían que aprenderse de memoria todo Pushkin y la mitad de la obra de Lermontov, además de recordar que Rusia es el lugar de origen de los elefantes (Shostakovich lo contaba mucho en sus memorias). Sobre cómo enseñamos a los niños aquí en China, mejor no diré nada para no ofender a los maestros. Dudo que aprendiéndose de memoria un árbol genealógico uno pueda hallar un hogar espiritual, pero tampoco es mi intención convencer de esto a nadie. En su obra *La espinosa senda del honor*, Andersen decía que la labor de la cultura humanística es un zarzal ardiendo por el que van caminando los sabios y justos. Obviamente, en ella Andersen reflexiona sobre el ruido de lo mundano, pero yo creo que no hace falta darle tantas vueltas. Si lo vemos con la tranquilidad de una mente infantil, la senda es así: discurre jalonada por una

cerca de bambú colmada de campanillas florecidas de color púrpura, y en cada estambre hay posada una libélula azul. Esta descripción sin duda puede ser acusada de cursi, pero se necesita un lenguaje así para convencer a Andersen. Wittgenstein, ya cerca de su final, dijo: «Diles que he tenido una vida hermosa». Esta frase da la sensación de que él, Wittgenstein, caminaba entre campanillas. Y aunque no entiendo su trabajo, creo que él y yo vamos en el mismo barco.

Me cuesta captar la profundidad de afirmaciones como que «para reconstruir el hogar espiritual y restaurar el espíritu humanístico, es necesario acabar con toda la gente vulgar – empezando por los vulgares que crean tendencias». Pongamos que un lector está a dos velas; si compra el libro de otro, entonces ya no tendrá para comprar el mío, por esto hay que acabar con los otros. Yo puedo llegar a entender esta idea, pero dicha afirmación no me parece tan profunda. Y si realmente fuera tan profunda, tampoco la elogiaría (eso de que tenemos que ser como hombres de negocios, respetar escrupulosamente unas normas de honestidad y luchar contra la competencia desleal). Yo no tengo ni me atrevo a tener la intención de convertir mi pensamiento y mi obra en una ortodoxia mundana. Así y todo, es obligado que explique qué me impulsa a escribir artículos (incluyendo el presente). Francamente, tampoco puedo dar una explicación prístina; lo único que puedo decir es que, si me muriera hoy, temo que no podría decir, como Wittgenstein, que «he tenido una vida hermosa», ni tampoco podría afirmar como Stendhal que «he vivido, he amado, he escrito». Tengo pánico a decaer hasta el punto de no poder llegar a decir nada, por eso me esfuerzo en trabajar ahora. ■

*Publicado originalmente en Beijing Qingnian Bao
el 30 de noviembre de 1995.*

Traducción y notas de Manuel Pavón Belizón.

NOTAS:

[1] Zhu Shenghao (朱生豪, 1912-1944) fue el autor de una de las primeras y más vigentes traducciones al chino de las obras de William Shakespeare.

[2] «La rana en el fondo del pozo» (井底之蛙 *jing di zhi wa*) es una expresión hecha que describe la falta de perspectivas y la estrechez de miras de quien vive en un entorno limitado y limitante.

[3] Literalmente, «política de planificación de la natalidad».



Wang Xiaobo de niño (izquierda) junto a su hermano Wang Xiaoping.

upf.



upf.

Universitat
Pompeu Fabra
Barcelona

Máster universitario en Estudios Chinos



La mayoría silenciosa*

Wang Xiaobo | 王小波



1

En la novela *El tambor de hojalata*, Günter Grass escribió sobre una persona que no consentía en crecer. El pequeño Oskar, al descubrir el gran absurdo del mundo que le rodeaba, decidía en secreto ser un niño para siempre. Una fuerza lo asiste imperceptiblemente en esta determinación, de manera que Oskar acaba por convertirse en un enano. Esta historia puede parecer demasiado fantástica, pero resulta interesante. Es imposible quedarse como un niño para siempre, pero sí que es posible mantenerse en silencio. A mi alrededor hay muchísima gente con un carácter similar al mío –en público no dicen nada, pero en privado las palabras les brotan como un torrente; dicho de otra forma: son capaces de hablar de cualquier cosa con aquellos de su confianza, pero lo callan todo cuando tratan con gente que desconocen. Al principio, pensaba que esto se debía a que habían vivido una época dura (la Revolución Cultural), pero más tarde me di cuenta de que se trata de un problema común entre los chinos. La ensayista Lung Ying-tai [1]

suspiraba preguntándose por qué los chinos no hablan. Después de vivir muchos años en el extranjero, se ha convertido prácticamente en alguien que habla sin rodeos, casi como una extranjera, y considera cobarde mantenerse en silencio. Pero no es así. El silencio es una forma de vida, y no solamente para los chinos: también hay gente de otros países que elige esta forma de vivir.

Conozco un ejemplo: el de Shostakovich, el gran compositor de la ex Unión Soviética, quien durante muchísimo tiempo se dedicó a componer su música, sin decir ni una palabra. Más tarde, de pronto, se puso a dictar una gruesa compilación de memorias. Fue estampando su firma en cada una de las páginas y, tras esto, murió. Por lo que sé, un aspecto importante de estas memorias son sus sensaciones en el silencio. La lectura de ese libro me procuró un enorme placer –por supuesto, en aquel momento yo me mantenía en silencio. Le dejé el libro a un amigo que forma parte del ámbito discursivo para que se lo leyera, pero no le dio ningún placer, e incluso dijo que le resultaba estilísticamente pobre y de un tono lúgubre. Hay una parte del libro que trata sobre los años 1930

en la Unión Soviética; en esa época, mucha gente desaparecía repentinamente; todos tenían miedo y no se hablaban. Cuando surgían disputas entre vecinos, nadie se atrevía a discutir, así que tenían otra manera de expresarlo: escupir en el termo de los demás. Cabe apuntar que en la ex Unión Soviética se construyeron viviendas al estilo de los dormitorios colectivos, con baños, lavaderos y cocinas de uso comunitario, lo cual hacía que escupir resultara más fácil. Lo que me divierte en esto es que a un gran músico como Shostakovich, con sus lentes y su barba de chivo, escupir le resultaría ciertamente muy difícil. Me imagino que, para hacerlo, tendría que agarrarse las lentes con una mano y la barba con la otra y estirar la cabeza hacia delante. Y más divertido aún sería si alguien lo pillara en ese momento. De hecho, no sé qué apariencia tenía Shostakovich. Simplemente me lo he imaginado así y me he reído a carcajadas. Cuando mi amigo se leyó esta parte no le hizo gracia; escupir le parece feo, vulgar y una mala idea. En esto, no me atrevo a debatir con él –si me meto a debatir, tendría que implicarme en alguna categoría discursiva, en palabras, y estas palabras son la línea que divide los ámbitos de lo *yin* y lo *yang*, lo oculto y lo manifiesto.

Quienes hayan leído *El tambor de hojalata* sabrán que al final el pequeño Oskar cambió de idea y se hizo mayor. He decidido hablar; ya no soy el pequeño Oskar, sino el Oskar adulto. Obviamente, ahora estoy de acuerdo en que escupir en el termo de los demás no es una buena idea y resulta vulgar. Pero hay cosas que siguen ocurriendo a mi alrededor. Cito un ejemplo que resultará conocido para todos aquellos que vivan en un edificio: si alguien aparcara a menudo su bicicleta en el pasillo de tu puerta cortándote el paso, podrías hablar y decir: «voy a llamar al comité vecinal»; o podrías buscar directamente al dueño de la bicicleta y decirle: «camarada, cuida tus buenos modales [2]». ¿Qué tipo de lenguaje utilizará ese vecino para responderte? No me atrevo a asegurarlo. Supongo que, como mínimo, te diría que metieras las narices en tus asuntos; y si eres mujer te llamaría chismosa, aunque tuvieras la edad suficiente como para ser la madre que lo parió. Por supuesto, también podrías optar por una forma silenciosa para expresar tu rechazo hacia este comportamiento: pincharle las ruedas de la bicicleta. Por supuesto, si optaras por esto último, tendrías que vigilar que el propietario no te

pesque en mitad de la faena. Hay una forma todavía más retorcida de hacerlo y que no merece ser recomendada: clavar una chincheta en la rueda. Algunos sacarían la chincheta después de clavarla para que el propietario no encuentre el pinchazo y le resulte más difícil repararlo. Y si la bicicleta está suelta, otra opción sería moverla a un sitio recóndito para que el dueño no la encuentre. Sobre esto, ya no diré más; no es mi intención pervertir a nadie. Estas cosas me llevan a recordar lo que decía Foucault: las palabras son poder [3]. A esta frase habría que darle la vuelta: el poder son palabras. Como decía en el ejemplo anterior, si tienes que hablarle a alguien de «buenos modales», es mejor que te pongas un brazalete rojo [4]. Aunque, basándome en mi conocimiento de los hechos, llevar un brazalete rojo tampoco sirve de mucho; es mejor ponerse todo un uniforme de policía. Por muy encomiable que sea hablar de «buenos modales», al hacerlo es mejor tener fuerza o un estatus que sirva de garantía. Llegados a este punto, puedo hablar de las razones por las que, en aquellos años, al hablar de Shostakovich con mi amigo y cuando este mencionó las malas ideas, la vulgaridad y tal y cual, no dije nada –ese amigo es un muy buen amigo, pero me temo que se habría puesto a sacarme faltas.

Por lo general, se entra en la escuela a los siete años, y es entonces cuando se empieza a recibir el influjo de las palabras. En mi caso creo que fue incluso antes, ya que, desde que tengo memoria, fuera siempre hubo barullo y un griterío constante, incluso hasta altas horas de la madrugada. Gracias a esas palabras supe que se puede fundir acero con un horno de adobe. Estos hornos son similares a los de cocinar; con el pequeño ventilador que se les coloca y el zumbido que emiten, parecen un escarabajo pelotero en pleno vuelo. El fundido resultante es un amasijo ardiente de planchas pegadas entre sí, con toda la pinta de una boñiga de vaca. Un señor agarraba una varilla en la mano y decía que aquello era acero. En aquel entonces, yo apenas tenía seis años; durante mucho tiempo después, cada vez que escuchaba la palabra acero, me venía a la cabeza una boñiga de vaca. Gracias a aquellas palabras también supe que con un *mu* de tierra se pueden producir trescientos mil *jin* de grano, para luego morirnos de hambre [5]. En resumidas cuentas, desde pequeño no he creído mucho en las palabras que se pronunciaban; cuanto más solemnes y rimbombantes, menos me

las creía. Este escepticismo tiene su origen en mi estómago hambriento. Comparada con cualquier palabra, el hambre es una mayor verdad. Aparte de mi escepticismo hacia las palabras, cuento con otro vicio: comerme los lápices. Cuando iba a la escuela primaria, en cuanto me acomodaba en el pupitre, me ponía a comérmelos. Aquellos lápices los vendían a 1,3 céntimos la unidad y tenían una goma de borrar en la parte de atrás. Empezaba a comérmelos por atrás, zampándome primero la suave y deliciosa goma, para luego dar buena cuenta del recubrimiento, tan suave, flexible y sabroso. Cuando llegaba a la madera del lápiz, reblandecida y roída, ya no tenía sabor alguno, aunque le quedaba cierto regusto especiado que me invitaba a seguir comiendo. Al final, del lápiz solo quedaba la mina, que enrollaba con esparadrapo para poder seguir usándola. Además de los lápices, también me podía comer los libros de texto, los cuadernos de ejercicios y hasta el pupitre. Entre estas cosas que he mencionado, algunas me las comía enteras o bien las mordisqueaba compulsivamente. He aquí otra verdad que nunca había expresado con palabras: el hambre puede convertir a los niños en termitas.

En este mundo existe un gran malentendido: creer que cualquier pensamiento que la gente pueda tener ha sido enseñado por las palabras. Supongamos que las palabras son el modelo del pensamiento. Digo que es un malentendido porque en el mundo existe también un lado de lo oculto. Aparte, unas mismas palabras pueden enseñar pensamientos muy distintos. Desde que tengo uso de razón he oído a menudo decir que los de mi generación somos muy afortunados por haber nacido en una época tan sacrosanta, que tenemos la sacrosanta misión de liberar a los dos tercios de los oprimidos del mundo, etcétera, etcétera. La gente de mi edad se entusiasma al escuchar esto, les encanta. Sin embargo, a mí siempre me hace sospechar, ¿cómo he podido ser llamado a formar parte de algo tan maravilloso? Aparte, me parece que esta mentalidad no es lo suficientemente contenida. Y eso que nos hemos criado en la contención. Durante los tres años de dificultades [6], un día para comer había en nuestros boles una lonchita de carne ahumada. Al verla, mi hermano pequeño no pudo contener la alegría, salió corriendo al balcón y se puso a gritarle a todo el mundo que en casa nos estábamos dando un festín. Mi padre tiró de él

para que volviera dentro y le pegó una buena tunda. Al haber recibido una educación así me he vuelto, desde siempre, bastante contenido. Por eso, cuando escucho a otros decir «qué felices somos», «esta es una época sacrosanta», «hay gente que lo pasa mal, pero nosotros no» y tal y cual, yo siempre pienso para mis adentros: si de verdad hemos vivido tantas maravillas, ¿no sería todavía mejor no hablar de ellas? Por supuesto, con esto no pretendo decir que yo no quisiera llevar adelante mi sacrosanto deber. En cuanto a esos dos tercios de los oprimidos del mundo, en vez de hacer tantos aspavientos con que hay que liberarlos y hacer que sean otros los que sufran y tal y cual, yo creo que sería mejor no decir ni una palabra. Así, si un día, súbitamente, los liberásemos, les daríamos una sorpresa. En resumidas cuentas, yo siempre reflexiono a partir de aspectos de la realidad, y lo hago de forma muy exhaustiva. Mis vivencias de la infancia, la forma como me criaron en casa y mi prudencia natural han sido los causantes de que me volviera silencioso.

2

Cuando era niño, las palabras eran como una piscina de agua fría capaz de ponerme enteramente la piel de gallina. Aun así, por mucho que diga, venir al mundo es como ir a nadar: tarde o temprano hay que lanzarse al agua. No imaginaba que me quedaría en silencio hasta los cuarenta años, y si me lo hubiera imaginado, quizá no habría tenido el coraje de seguir viviendo. Diga lo que diga, las palabras que escuchaba no siempre eran tan descabelladas; a veces lo eran y a veces no. Por eso, hasta que cumplí catorce años no tuve la determinación de quedarme en silencio toda la vida.

De niños solo nos es dado escuchar lo que dicen los demás. Y cuando la gente de mi edad empezó a tomar la palabra, tuve una impresión desagradable. Hubo una amiga que escribió un libro sobre lo que había vivido durante la Revolución Cultural. El libro se titulaba *Linaje de sangre*, de lo que se infiere que ella no tenía unos buenos orígenes familiares [7]. Me pidió que escribiera un prólogo para su libro y eso me hizo recordar lo que yo mismo vi y oí en aquellos años.

Cuando empezó la Revolución Cultural, yo tenía catorce años y estaba en el primer año de

secundaria. Un día, de pronto, sobrevino un cambio repentino. Una parte de los compañeros de clase se convirtieron de pronto en miembros de una de las «cinco categorías rojas», mientras que la otra parte pasó a engrosar las «cinco categorías negras» [8]. Mi situación era peculiar y no tenía claro en qué categoría entraba. Por supuesto, estos términos de rojo y negro no los inventamos nosotros ni fuimos nosotros los iniciadores de esos cambios. En este aspecto, no tenemos ninguna responsabilidad. Solo algunos de entre nosotros cargan con la responsabilidad de haber abusado de los compañeros.

Desde mi perspectiva, los compañeros rojos obtuvieron de pronto grandes ventajas dignas de felicitación; sin embargo, los compañeros de las categorías negras se toparon súbitamente con grandes infortunios dignos de compasión. Uno a uno, fui dándoles distintamente mis felicitaciones y mis condolencias. Algunos de los rojos se afeitaron la cabeza, se ataron una cinta grande de cuero y se apostaron en la puerta de la escuela, donde preguntaban a todo aquel que quería entrar: «¿De qué familia eres?» Se mostraban especialmente inquisitivos con los compañeros de nuestro mismo grupo, y en cuanto alguno revelaba su mala ascendencia, proferían entre sus apretados dientes tres palabras: «¡Hijo de perra!». Puedo comprender el júbilo de quienes de pronto pasaron a formar parte de las categorías rojas, pero me parecía desmesurado que por ese motivo pusieran de hijos de perra a sus propios compañeros delante de todo el mundo. Entonces, como ahora, creía y sigo creyendo que las palabras nos han enseñado mucho, pero que la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal es evidente de por sí. Las palabras buscan enseñarnos que no somos iguales por naturaleza. Es una verdad eterna que en este mundo hay un orden entre mayores y jóvenes, aunque puedes ignorarlo.

En el sexto curso de primaria, para las vacaciones de verano, nos pusieron como deberes de lectura las «Cartas desde el sur». Se trata de un libro que relata la lucha por la salvación nacional del pueblo vietnamita contra Estados Unidos, repleto de ejecuciones, torturas y muertes violentas. Al acabarlo, mi mente rebosaba pensamientos extraños. Por entonces, yo estaba al borde de la pubertad y me faltaba poco para convertirme en un obseso sexual. En resumen, si para alguien como yo, que había sido objeto de

una educación exitosa, o dicho de otra forma, si las expectativas que sobre mí tenían esos maestros e ingenieros del alma humana se habían hecho realidad, no alcanzo a imaginar cómo no me he convertido en alguien sanguinario y cruel, o cómo es posible que aún quede algo de humanidad en mí. Menos mal que no solo se aprende en los libros; también se puede aprender en el silencio. Esta es la razón principal por la que aún queda un remanente de humanidad en mí. En cuanto a las palabras, lo que me han enseñado es que, para deshacerse de todos los demonios, hay que llevar la «Revolución Cultural» hasta el final. En aquel entonces, las palabras se hallaban en el reverso de la humanidad. Si hubiera creído por completo en ellas, carecería de humanidad. [...] ■

**Fragmento.*

Publicado originalmente en la revista Dongfang, 1996/4.

Traducción y notas de Manuel Pavón Belizón.

NOTAS:

[1] Lun Ying-tai (龙应台, n. 1952) es una ensayista taiwanesa. En 2012 fue nombrada ministra de Cultura de la República de China (Taiwán).

[2] En el original, *wu jiang si mei* [五讲四美], literalmente, «los cinco puntos destacados y las cuatro bellezas», es eslogan de una campaña oficial lanzada en 1981 y que buscaba fomentar ciertas normas de moral pública, cortesía e higiene.

[3] En chino, *huayu* [话语] tiene el sentido de «palabras», «lo que se dice». Es también la traducción corriente al chino del concepto foucaultiano de discurso.

[4] Estos brazaletes eran uno de los distintivos de los guardias rojos. Hoy día, siguen siendo utilizados por los vigilantes comunitarios responsables del orden en los vecindarios.

[5] Un *mu* (亩) equivale a 0,06667 hectáreas, y un *jin* (斤) a medio kilo. Por lo tanto, en 0,06667 hectáreas se podían producir 150.000 kilos de grano. Durante el periodo del Gran Salto Adelante, cada comuna debía cumplir ante las autoridades con una cuota de grano y de acero. Los responsables comunales, para competir con otras comunas en busca de notoriedad, hinchaban las cifras de producción muy por encima de la realidad, con el resultado de que algunas comunas tuvieron que entregar toda la producción agrícola y fundir los aperos de labranza para poder cumplir con esas cuotas ante las autoridades centrales. La consiguiente hambruna, a la que Wang Xiaobo hace referencia soslayadamente en el texto, se extendió entre los años 1958 y 1961 por algunas zonas de China con un saldo de millones de muertos por inanición. En la China continental, suele ser denominada eufemísticamente como «los tres años de desastres naturales» [三年自然灾害] o «los tres años de dificultades» [三年困难].

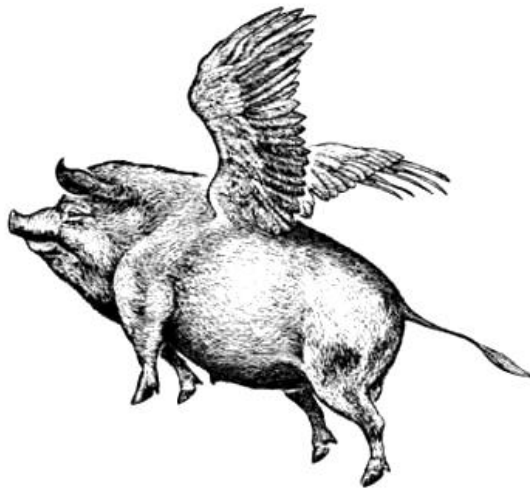
[6] Referencia al periodo del Gran Salto Adelante (v. nota 5).

[7] Se refiere a Ai Xiaoming (艾晓明, n. 1953), escritora y profesora en la Universidad Sun Yat-sen de Guangzhou. Ai es nieta de un destacado general del ejército del Kuomintang. Su «linaje», este «vínculo de sangre» (como el título del libro que Wang menciona), conllevó que miembros de su familia fueran objeto de ataques durante la Revolución Cultural. Ella misma denunció a su padre como «contrarrevolucionario».

[8] Categorías basadas en los antecedentes familiares y que determinaban el sino de las familias durante la revolución cultural. Así, las «cinco categorías rojas» incluían a los campesinos pobres, obreros, militares revolucionarios, mártires de la revolución y cargos revolucionarios, mientras que las «cinco categorías negras» abarcaban a los terratenientes, campesinos acomodados, contrarrevolucionarios, malos elementos y derechistas.

Un cerdo independiente*

Wang Xiaobo | 王小波



CUANDO ESTUVE EN EL CAMPO [1], alimentaba a los cerdos y también pastaba el ganado vacuno. Suponiendo que nadie se metiera a controlarlos, estos dos tipos de animales sabrían igualmente cómo vivir. Se pasearían libremente, comerían cuando tuvieran hambre y beberían cuando tuvieran sed. Además, en el momento que llegase la primavera, se enamorarían y tendrían sus romances; así, el ordenamiento de sus vidas sería muy básico, no había absolutamente nada extraordinario para contar. Después de que llegaron los humanos, les planificaron la vida: el sentido apareció en la vida de cada uno de los bueyes y cerdos. Respecto a la mayoría de ellos, el sentido de sus vidas era miserable: el de aquellos era trabajar, el de estos era engordar. Yo pienso que no se tendrían que quejar por ese motivo, porque mi vida en aquel entonces tampoco era más variada; excepto las ocho óperas modelo revolucionarias [2], no tenía más actividades de ocio. Muy pocos cerdos y bueyes tenían otros planes en la vida. Por ejemplo, los cerdos: además de comer, los verracos y las hembras tenían otras cosas que hacer. Según yo veía, tampoco les gustaban mucho estos planes. La tarea del verraco es aparearse, es decir, nuestras leyes le permiten ser un mujeriego. Sin embargo, el verraco agotado normalmente demuestra una actitud caballerosa que solamente pertenece a los cebados (que están castrados), y se negaba a subirse a la espalda de las hembras aunque le fuera la vida en ello. La tarea de las hembras es parir a los

cochinillos, pero algunas de ellas se los comían. En resumen, los planes humanos hacían sufrir demasiado a los cerdos. Pero estos, aun así, los aceptaron: los cerdos siempre serán cerdos.

Planificar la vida en cada detalle es una cualidad específicamente humana. No solo planifican con los animales, sino que también se planifican a sí mismos. Como ya sabemos, en la antigua Grecia había una ciudad llamada Esparta, en la que la vida estaba planificada de manera anodina con el objetivo de convertir a los hombres en soldados dispuestos a sacrificar sus vidas y a las mujeres en máquinas de reproducción. Los primeros se asemejan a unos gallos de pelea, las segundas a las cerdas. Estas dos especies de animales son muy especiales, pero considero que, seguramente, no les gusta su vida. Y si no les gusta, ¿qué podrían hacer? Ni las personas ni los animales pueden cambiar su destino fácilmente. [...] ■

**Fragmento.
Publicado originalmente
en la revista Sanlian Shenghuo Zhoukan, 1996/11.*

Traducción y notas de Sheng Yang.

NOTAS:

[1] Se refiere a ser enviado a las zonas rurales en un equipo de producción agrícola durante la Revolución Cultural.

[2] Durante la Revolución Cultural, solo se promovía la representación de estas ocho obras dramáticas que combinaban canciones de temática revolucionaria y coreografías.





La edad de oro*

Wang Xiaobo | 王小波

1

Tenía veintiún años cuando me enviaron a una brigada de producción [1] en Yunnan. Por entonces, Chen Qingyang tenía veintiséis; ejercía de médica en la zona. Yo estaba en el equipo catorce montaña abajo, ella en el equipo quince montaña arriba. Un día bajó la ladera para discutir conmigo eso de si era una golfa. Yo aún no la conocía mucho, digamos tan solo que algo sabía. Lo que quería aclarar era lo siguiente: a pesar de lo que todos decían, ella no se consideraba una golfa. Porque las golfas tienen líos, y ella no tenía ninguno. Y eso que su marido llevaba ya en prisión un año, y ella no había tenido ninguno. Y antes de eso tampoco. Así que sencillamente no entendía por qué la gente se empeñaba en decir eso de ella. No me habría costado consolarla de haberlo querido. Podría haberlo probado desde un punto de vista lógico. Porque si Chen Qingyang era una golfa, y



tenía líos, se necesitaba al menos dar con alguno con quien hubiese golfeado. Y si nadie podía señalar al tal fulano, entonces no había forma de establecer su golferío. Pero al contrario, dije que Chen Qingyang era efectivamente una golfa, y además que en este punto no existía ni la más remota duda.

Chen Qingyang me buscó para que yo probase que no era una golfa porque yo la busqué para que me pusiera una inyección. La cosa ocurrió así: en plena temporada de siembra, el jefe de equipo no me mandó arar los campos, sino transplantar brotes de arroz, así que casi no podía estirar la cintura, y todos los que me conocen saben que la tengo dañada hace tiempo, y encima mido más de metro noventa. Tras un mes transplantando, el dolor era insoportable, si no me pinchaban algo no podía conciliar el sueño. Las jeringas de nuestro ambulatorio tenían la aguja gastada, todas cual garfios, y muchas veces me arrancaban carne de la cintura. Finalmente se me quedó como si la hubiesen ametrallado, y las heridas no terminaban de cicatrizar. Llegados a este punto me acordé de que la médica del equipo quince, Chen Qingyang, se había graduado por la Universidad de Ciencias Médicas de Pekín, y que por tanto sabría diferenciar, *grosso modo*, una aguja de un garfio, así que fui a buscarla para que me mirase, y cuando volví de la consulta, apenas ni media hora después, se presentó en mi cuarto, exigiendo que yo probase que no era ninguna golfa.

Chen Qingyang dijo que no despreciaba a esa clase de mujeres en absoluto. Su experiencia le decía que eran buenas y decentes, bien dispuestas y solícitas, que lo que menos deseaban hacer era decepcionar a nadie. Incluso algo las admiraba. El problema no residía en que fuesen o no buenas, sino en que ella no era una. Así como que un gato no es un perro. Si a un gato comenzasen a llamarle perro, también se sentiría incómodo. Ahora todo el mundo andaba llamándola golfa, y eso la confundía hasta el extremo de ni saber quién era.

Chen Qingyang se presentó en mi choza vistiendo lo mismo que en su clínica, una holgada bata blanca con las piernas y los brazos desnudos. La única diferencia es que se había recogido ese pelo largo y lacio que le caía desordenadamente con un pañuelo, y que se había puesto un par de sandalias. Miré su figura intentando averiguar si llevaba algo debajo de esa bata, o nada en absoluto. Esto puede dar una idea de la belleza de Chen Qingyang, puesto que le daba lo mismo vestir algo que nada. Esto es una confianza en sí misma que se nutre desde niña. Le dije que efectivamente era una golfa, y le enumeré algunas razones: golfa no es sino una designación, así que si todo el mundo te lo llama, entonces lo eres, no hay nada que pueda objetarse. Y si todos dicen que tienes líos, tampoco hay nada que objetar. Y respecto a por qué la gente dice eso, yo lo veo así: la gente piensa que las mujeres casadas no tienen líos, por lo que han de tener el rostro atezado y el pecho flácido. Pero ni tu rostro es moreno, sino pálido, ni tus pechos caídos, sino firmes, de modo que eres una golfa. Si no quieres serlo, deberías tostarte el rostro y dejar que tus pechos caigan, después nadie diría que lo eres. Claro que esto sería una lástima, y de no desear tal infortunio, tan solo tendrías que golpear. De este modo tú misma podrías convencerte de que efectivamente lo eres. Los demás no tendrían la obligación de saber primero si tienes o no líos para poder determinar luego si te llaman o no golfa. Tendrías el deber por el contrario de no darles opción de no llamártelo. Cuando Chen Qingyang oyó esto, la cara se le puso roja, mirándome furiosa con los ojos entornados, y casi me arrea un sopapo. Los sopapos de esta mujer eran célebres, muchos eran los que los habían catado. Pero súbitamente estalló diciendo: está bien, golfa pues golfa. Pero caídas o no caídas, morena o no morena, no es de tu incumbencia, y, dijo además, si sigo calibrando todo esto, te llevarás un sopapo seguro.

Volvamos veinte años atrás, visualicemos esta escena. En esos tiempos yo tenía la cara renegrada, los labios agrietados y secos, rezumando virutas de papel y picadura de tabaco, los pelos enmarañados cual hebras de palma marchita; vestía un uniforme del ejército hecho trizas, con un montón de agujeros que parecían emplastos, sentado con las piernas cruzadas sobre el camastro de palo; tenía en suma la apariencia de un canalla. Pueden imaginar cuánto le picaron las palmas de las manos a Chen Qingyang cuando oyó a semejante tipo hablar de si



sus pechos estaban o no caídos. Su inquietud se debía únicamente a que muchos hombretones la buscaban para consulta, sin estar enfermos en realidad. Esos hombres no iban buscando una médica, sino una golfa. Y yo fui la única excepción. La parte trasera de mi cintura parecía como si Zhu Bajie [2] hubiera rastrillado un par de tortas glutinosas. Así que aunque el dolor podía no ser cierto, las cavidades eran razón suficiente para ir al médico. Estas cavidades la ilusionaron pensando que tal vez yo pudiese probar que ella no era una golfa, y es que no era en absoluto lo mismo que hubiese alguno que lo probase a que no hubiera ninguno. Pero yo, al contrario, dejé que se desilusionara.

Yo lo veía así: podría probar que ella no era una golfa de haberlo querido, cosa por lo demás bastante sencilla. De hecho únicamente puedo probar aquellas cosas que no necesitan ser probadas. En primavera, el jefe del equipo (3) dijo que yo había dejado tuerta del ojo izquierdo a la perra de su casa, provocando que tuviese que ladear siempre la cabeza para mirar a la gente, como danzando ballet, tras lo cual el jefe siempre andaba fastidiándome. Había tres formas de probar mi inocencia:

1) probar que en la casa del jefe no había ninguna perra; 2) probar que la perra nació tuerta del ojo izquierdo; 3) probar que yo era manco, incapaz por tanto de agarrar y disparar una pistola.

El resultado fue que no pude establecer ninguna de las tres. En la casa del jefe había efectivamente una perra parda, la perra había efectivamente perdido el ojo izquierdo, y yo no solo era capaz de disparar una pistola, sino que tenía una puntería excelente.

Un poco antes de esto, había además tomado prestada la escopeta de aire comprimido de Luo Xiaosi, y usando un bol de habas de soja como munición, había abatido un montón de ratas del granero vacío. Por supuesto, en el equipo había bastante gente con buena puntería, entre los que se contaba Luo Xiaosi. La escopeta era suya, y además yo solo miraba cuando él disparó a la perra del jefe. Pero no podía chivarme, Luo Xiaosi y yo no nos llevábamos mal. Más aún cuando él no me habría delatado ni aunque el jefe lo hubiera provocado. Así que me callé. Callarse era asumirlo tácitamente. Y por eso en primavera fui a transplantar brotes de arroz, quebrado en los campos cual poste eléctrico a medio construir, y tras la cosecha de otoño, aún tuve que ir a pastar vacas, sin llegar a comer nunca caliente. Claro que no es que me diese igual. Un día estando en la loma, cuando acababa justo de agarrar la escopeta de Luo Xiaosi, la perra del jefe subía corriendo, la llamé, y cuando me miró, le disparé un perdigón que la cegó el ojo derecho. Sin el ojo izquierdo, y ahora encima sin el derecho, la perra no podría volver a su casa a que la viese el jefe –el cielo sabe adónde iría.

Recuerdo que esos días, aparte de subir a la loma a arrear las bestias y quedarme tirado en casa, no hacía prácticamente nada más. Pensaba que nada iba conmigo. Pero Chen Qingyang volvió a correr ladera abajo buscándome. Resulta que había nuevos rumores; decían que golfeaba conmigo. Ella quería que probase nuestra inocencia. Dije, de

querer probar nuestra inocencia, solo hay dos maneras:

1) Chen Qingyang es virgen; 2) yo soy impotente, incapaz de tener relaciones sexuales.

Estos dos puntos eran difíciles de probar. Así que no podíamos probar nuestra inocencia. Por el contrario, yo estaba inclinado a probar nuestra culpa. Cuando oyó esto, se le puso la cara pálida de furia, luego toda roja, y finalmente se levantó y se fue sin mediar palabra.

Chen Qingyang decía que yo era un canalla de cabo a rabo. La primera vez que pidió que probase su inocencia, la miré con desdén y empecé a decir un montón de estupideces; la segunda vez que quiso que probase nuestra inocencia, le propuse con absoluta seriedad tener sexo. Así que ya lo tenía claro, tarde o temprano me arrearía un sopapo. Quizá si hubiese sabido que albergaba tales planes, lo que ocurrió después no hubiese sucedido. ■

*Capítulo 1.

Publicado originalmente por la editorial Taiwan Lianjing Press en agosto de 1992.

Traducción y notas de Tyra Díez.

NOTAS:

- [1] A partir de 1958, las cooperativas de estado avanzado pasaron a formar parte de las Comunas Populares, que se subdividían en Brigadas de Producción, con 200 a 300 familias, que agrupaban a su vez a los Equipos de Producción, de unas 40 familias cada uno, controlados por cuadros locales del Partido. A partir de los 1950 y hasta el fin de la Revolución Cultural en 1976, jóvenes urbanos con estudios, denominados como «jóvenes ilustrados» (知青), marcharon, tanto por voluntad propia como bajo coerción, a las áreas rurales más o menos remotas para «aprender de los campesinos pobres». En 1953, Mao afirmó que «el campo es una vasta expansión de cielo y tierra donde podemos florecer», lo cual se convertiría después en el slogan del movimiento conocido como *Bajarse al Campo y subirse a la Montañas*, que durante las décadas de los 60 y 70 envió a millones de estos jóvenes al campo a «reeducarse» y realizar labores agrícolas.
- [2] Zhu Bajie es uno de los personajes que acompañan al monje Xuanzang en el periplo del *Viaje al Oeste*. Con aspecto mitad cerdo mitad humano, su arma principal es un rastrillo de diez dientes.
- [3] Cfr. nota 1.

sobre el autor WANG XIAOBO

NOVELISTA Y ENSAYISTA INDEPENDIENTE, WANG XIAOBO fue uno de los intelectuales más renombrados en la década de 1990 en China y, tras su repentina muerte en 1997, ha sido elevado a la condición de un mito intelectual. Su obra, en especial su numerosa producción de ensayos y artículos breves sobre los temas más variados, tanto personales como sociales, políticos y culturales, continúa siendo ampliamente leída y valorada a pesar –o quizá, gracias a– su carácter heterogéneo y difícilmente encasillable tanto en lo literario como en lo ideológico, lo que le ha valido críticas tanto desde los flancos de la disidencia *de marca* como de los ultranacionalistas y los apogetas de la oficialidad.

Nació en 1952 en el seno de una familia de intelectuales vinculada al Partido Comunista que, no obstante, se vio salpicada por la campaña de los «Tres Antis» (三反, *san fan*) en 1952. Durante la Revolución Cultural, al igual que tantos estudiantes de su generación, fue enviado a trabajar a la provincia de Yunnan, experiencia que dio origen a la que es probablemente su novela más importante, *La Edad de Oro* (黄金时代, *Huangjin Shidai*), que no publicaría hasta 1992, tras haber trabajado en ella durante una década.

En 1978 inicia sus estudios de Comercio y Economía en la Universidad Renmin de China (Pekín) y, tras graduarse en 1982, trabaja allí mismo como profesor. Antes, en 1980, se había casado con Li Yinhe, una de las pioneras en los estudios sobre la sexualidad en la China contemporánea. En 1984 marcha a Pittsburgh (EE. UU.), donde ejerce como investigador y obtiene una maestría. Durante estos años, Wang viaja por Estados Unidos y por Europa. Regresa a China en 1988 y entra como profesor de sociología en la Universidad de Pekín. En los años siguientes va publicando novelas y ensayos. Su novela *La Edad de Oro* obtiene en 1991 uno de los premios literarios *Lianhe Bao* de Taiwán y es publicada en 1992. Fue también guionista del filme *Detrás de la Ciudad Prohibida* (东宫西宫, *Dong Gong, Xi Gong*), el primero en tratar el tema de la homosexualidad en China, y por el que obtuvo el premio Ombú de Plata al mejor guion en el XII Festival Internacional de Cine de Mar del Plata (Argentina) en 1996. Falleció repentinamente el 11 de abril de 1997 de un ataque al corazón.



Qué significa Wang Xiaobo

Li Yinhe | 李银河



Ahora que se cumplen quince años de la muerte de Wang Xiaobo, me gustaría hablar de su significado. La razón para hacerlo es que algunos periodistas me han lanzado una pregunta: ¿por qué la literatura *mainstream* nunca se ha pronunciado sobre Wang Xiaobo? Incluso al entrevistar a algunos críticos oficiales, la respuesta de estos ha sido: «¿Quién es Wang Xiaobo? No he leído nada suyo». Hay una realidad objetiva: a pesar de haberse convertido en todo un ídolo entre los estudiantes universitarios de todo el país (e incluso de algunas de las mejores escuelas secundarias, como por ejemplo la N° 4 de Pekín), nunca fue miembro de la Asociación de Escritores ni ganó ningún premio en la China continental (aunque sí ganó varios en Taiwán, así como en el extranjero), por lo que la historia literaria oficial no refleja su nombre.

Creo que esta situación tan peculiar se debe a que, en el sistema de la crítica literaria en la China contemporánea, no hay un lugar en el que poner a Wang Xiaobo, por ello le resulta imposible

pronunciarse, porque él, tanto por su experiencia como por su obra, se mantuvo alejado, fuera de este sistema. Por su experiencia, me refiero a que no fue estudiante de una facultad de literatura ni fue miembro de la Asociación de Escritores, sino apenas un escritor independiente. Cuando digo que su obra se mantuvo alejada, me refiero al hecho de que la finalidad de su escritura y sus obras se alejaban del sistema crítico existente. Por estas razones, los críticos de dentro del sistema son incapaces de juzgarlo y lo único que pueden hacer es quedarse callados.

Ya de muy joven, Wang Xiaobo dijo que quería intentar producir un poco de belleza. Y este es precisamente todo el objetivo de su literatura. El objetivo de la literatura oficial, por el contrario, no reside en esto, sino en muchas otras funciones ajenas a la belleza.

En el sistema literario oficial, la literatura debe ante todo ejercer una función ideológica, o de una clase o de otra; o progresista o caduca; correcta o equivocada. Si es correcta, recibe valoraciones

positivas; si es equivocada, encuentra críticas negativas. Durante cierta época en particular, los autores eran criticados por sus obras, sometidos a sesiones de lucha [1] e incluso penalizados.

Además, la literatura debe asumir una función propagandística y explicativa, divulgando los valores que una época determinada considera correctos, constituyendo una explicación de las imágenes y los símbolos de la ideología. En algunos momentos, se le pide incluso que tengan capacidad de combate y de destrucción, y que sirva a una clase determinada o en cierta lucha política. Su función es la de un grito de combate, una daga que lanzar al enemigo. Cuando la ideología cambió [2], se pidió a la literatura que sirviera a los nuevos valores y criticara los viejos. Esta es precisamente la función que cumplía la llamada «literatura de las cicatrices». Por esta precisa razón, no me gusta oír a algunos decir que *La edad de oro* es «literatura de los jóvenes ilustrados» [3], pues me parece totalmente que no han captado su sentido en absoluto.

Por otra parte, la literatura debe elevar el espíritu, y ocuparse de iluminar a los malvados, concienciarles mediante su lectura y, así, permitirles pasar página; y que los buenos, al leerla, encuentren motivación y un mayor impulso. Un respetado anciano, tras haber leído *La edad de oro* de Wang Xiaobo, dijo: «No me parece que este libro eleve el espíritu». Ante esta crítica, Wang se sintió bastante deprimido, se lo tomó a pecho, y no pudo más que referirse específicamente a ello en un ensayo: «mi mayor deseo no es elevar el espíritu de los demás, sino mi propio espíritu».

La literatura de Wang Xiaobo no tiene absolutamente nada que ver con esto. Si la literatura de Wang Shuo [4], con su actitud gamberra, desafía, ironiza y ridiculiza hasta el límite la ideología actual, la de Wang Xiaobo pasa totalmente de ella, como si no existiera en absoluto. Con o sin intención, en la mente de Wang Xiaobo este sistema es un cero a la izquierda, nada, no existe. Por eso, el crítico literario Sun Yu afirma que Wang Xiaobo constituye una figura extraña dentro de la literatura china. Al igual que los escritores independientes de todos los rincones de este mundo, la meta de Wang Xiaobo es muy simple: producir, de la nada, un poquito de belleza. Su literatura no posee una función política ni un objetivo comercial, ni tan siquiera una función de entretenimiento. Se trata de una literatura pura a

más no poder. Por supuesto, en sus obras la época y la sociedad actual son el trasfondo para sus personajes y sus historias, pero casi se limitan a ser simplemente el telón de fondo y no constituyen el objeto de sus críticas ni mucho menos el tema de sus novelas.

La desvinculación de Wang Xiaobo con los valores mayoritarios de la literatura china contemporánea es la razón por la que la crítica oficial no dice nada sobre su obra. El sistema crítico vigente solo es capaz de basarse en criterios al uso para determinar lo bueno y lo malo, para ensalzarlo o acribillarlo. Para lo que se halla totalmente desvinculado de este sistema crítico, todo esto no es son más que gruñidos de perro y púas de erizo con los que no se puede hablar. A pesar del silencio de la crítica oficial, los lectores y los escritores serios no son así. En el caso de los lectores, lo demuestra el hecho de que, desde hace quince años, se publican sin cesar todo tipo de ediciones que compilan la obra de Wang Xiaobo, y las ediciones pirata se venden sin parar; por parte de los escritores, cabe citar como muestra lo que expresó Feng Tang [5]: la primera vez que leyó a Wang Xiaobo fue en el baño, en pleno estreñimiento, y la alegría del descubrimiento casi lo hizo salir corriendo a la calle, como Arquímedes, con el culo fuera. ¿Y qué fue lo que descubrió? En la obra de Wang Xiaobo, Feng Tang descubrió que, después de todo, podía escribirse así. Para él, Wang Xiaobo es «un comienzo inmejorable» para la literatura moderna en lengua china; y al decir «comienzo», expresa un veredicto severo en extremo: antes de ese «comienzo» era la nada. ■

*Li Yinhe es socióloga en la
Academia de Ciencias Sociales de China.*

Traducción y notas de Manuel Pavón Belizón.

NOTAS

[1] Las sesiones de lucha consistían en actos públicos cuasi ritualizados durante la Revolución Cultural, en los cuales los acusados de contrarrevolucionarios eran presentados en público para ser criticados y humillados.

[2] Es decir, tras la llegada de Deng Xiaoping al poder y el inicio del llamado periodo de «Reforma y Apertura».

[3] La «literatura de las cicatrices» y la «literatura de los jóvenes ilustrados» fueron dos tendencias literarias surgidas en el periodo posterior a la muerte de Mao con obras que, en busca de una suerte de catarsis, giraban en torno a las vivencias de los intelectuales durante la Revolución Cultural.

[4] Wang Shuo (n. 1958) fue uno de los escritores más populares en la década de 1990 y uno de los máximos representantes de la llamada «literatura gamberra» (流氓文学, *liumang wenxue*) con una obra mordaz y socialmente crítica (v. *Haz el favor de no llamarme humano*).

[5] Feng Tang (n. 1971), autor contemporáneo originario de Pekín.



uanfang
MAGAZINE

La revista de Asia para gente plus ultra

Descargar



Wang Xiaobo: mito y contramito*

por Dai Jinhua | 戴锦华

Con su obra desmitificadora, Wang Xiaobo acabó construyendo un nuevo mito: el mito de un individuo solitario pero libre. Este mito sigue constituyendo, incluso tras su desaparición, todo un memorial, una ceremonia en honor a la «libertad». La imagen de un «hombre libre» incluso ha ahogado, hasta cierto punto, su condición de escritor extremadamente único.

Tras la repentina muerte de Wang Xiaobo, las palabras que con más frecuencia aparecieron entre los numerosísimos artículos escritos en su memoria fueron «libertad» y «razón». Estas no solo se refieren al hecho de que renunciara a su carrera de profesor universitario y optara por convertirse en un escritor independiente; ni al hecho de que se hallara, como «escritor profesional» independiente, al margen de cualquier institución literaria. También se refieren a su condición de pensador libre: reflexionaba sobre la libertad y sobre la libertad escribía con su peculiar estilo. Y aun así, si detrás de esa jocosidad suya tan espléndida como severa se halla el alma de un caballero romántico, entonces la «libertad» y la «razón» que surgen de la pluma de Wang Xiaobo, en especial en sus novelas, no serían en absoluto un nuevo mito ni una leyenda romántica, sino un dolor lúcido, un objeto meditado y deconstruido. Sin embargo, en su actitud y en su forma de escribir, ese objeto constituye una práctica fundada en una multiplicidad de sentidos, una práctica llena a veces de angustia y perplejidad. En cierto modo, la obra de Wang Xiaobo está repleta de situaciones extrañas e irracionales. Pero estas no son en absoluto extrañas ni enemigas reflejadas por el espejo de la razón pura. Al contrario: al igual que la libertad constituye totalmente un aspecto necesario del «juego» de la opresión, la irracionalidad también es irremediabilmente intrínseca a la práctica de la razón. Por ello, no es solo una escritura de la libertad y la razón, sino también una escritura para la libertad y la razón.

Wang Xiaobo murió en la flor de la vida. Estas palabras en torno a él no poseen ni el más mínimo

tono de afectación. Son una realidad directa y amarga. Los cuarenta son la edad de madurez de un pensador, la edad en la que madura todo autor que desee legar una obra a la posteridad, tanto más para un escritor como Wang Xiaobo, que permaneció en silencio durante tanto tiempo. Quien esto escribe pone su mirada en Wang Xiaobo, en él tanto como en su escritura sencilla, directa pero elevada, con la que construye un laberinto literario, como un esplendor *fin de siècle*; y aun así, más que afirmar que Wang es esplendoroso en la escritura, sería mejor afirmar que lo es cuando hace añicos todo esplendor y escribe sobre las miserias de nuestra época –y, a pesar del flujo de imágenes extrañas con las que carga la visión de estas miserias, concita en todo momento un espléndido absurdo y una risueña ironía.

Cierto, en la literatura china contemporánea, aún son pocos los que describen el juego entre «historia» y poder con ese estilo tan fascinante, penetrante y cautivador de Wang Xiaobo; y aunque este refiere sin duda a la historia concreta de China, ya que primeramente supone la memoria de la pesadilla de nuestra generación – los años de la Revolución Cultural –, su alcance no se detiene aquí, pues supone al mismo tiempo la inmemorial rueda del poder encumbrado, la violencia y la resistencia, perpetrar la crueldad y padecerla; es la escritura y la contraescritura bajo la mano de la historia y el yugo del poder, es la memoria y el olvido. Para mí, el logro de la obra de Wang Xiaobo no consiste en absoluto en el imaginario del guerrero erguido contra la tiranía, ni del héroe cultural (quizás pudiera decirse que este es precisamente el imaginario que Wang Xiaobo humilla y ridiculiza: la lucha contra la tiranía no solo es un componente necesario del juego entre violencia y poder, sino que en ocasiones es una «vieja» «pose»), sino del periplo de un pensador profundo al encuentro de la inteligencia –o quizá debería llamarle directamente intelectual–, casi desesperadamente «en busca de lo inigualable» [1]; lo que tal periplo

enfrenta no solo es violencia y represión; no solo el cruel, o bien hipócrita, muro de la decencia, sino la mentira «inocua», el olvido «casto», testigo de todo tipo de violencia «legítima» cargado con el arduo peso de la inteligencia arrepentida. Ante la violencia en la historia y la narración de la historia de la violencia, Wang Xiaobo, más que presentar un lienzo en el que contrasta blanco y negro, o la oposición entre el bien y el mal, construye una escena carnavalesca; tal vez sea precisamente en el sentido del espíritu carnavalesco del antiguo Occidente en el que la escena carnavalesca de Wang Xiaobo se colma de crueldad y fiereza. Esto a veces pone en práctica otro tipo de carnaval subversivo del orden cultural. La continua subversión, profanación, parodia y satirización en sus novelas es análoga a la dispersión y fragmentación del drama y la tragedia del paisaje histórico; en ese lugar donde los fragmentos se

dispersan, emergen esos márgenes ocultos tras capas y capas de escritura «legítima», y una existencia más allá de las palabras. ■

Dai Jinhua es profesora de cultura china contemporánea y crítica cinematográfica en la Universidad de Pekín.

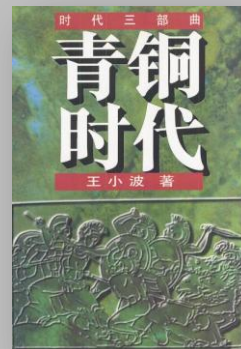
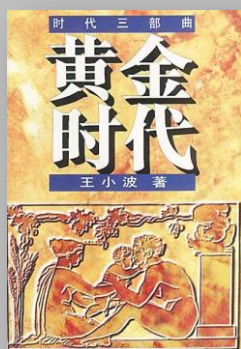
**Fragmento del artículo «Zhizhe xixue – Yuedu Wang Xiaobo» [智者戏谑——阅读王小波], publicado en Dangdai Zuoji Pinglun [当代作家评论], 1998/2.*

Traducción y notas de Manuel Pavón Belizón y Tyra Díez

NOTAS:

[1] «En busca de lo inigualable» es el título de un capítulo de la novela de Wang Xiaobo *La Edad de Bronce*.

La Trilogía de las Edades



LA TRILOGÍA DE LAS EDADES -o Trilogía de Nuestro Tiempo, según traducciones- aúna tres colecciones de novelas: *La Edad de Oro*, *La Edad de Plata* y *La Edad de Bronce*. Tanto el primero como el segundo volumen son en realidad una compilación de relatos o novelas cortas cuyas narrativas se solapan bajo una suerte de tema común, amén del recurso a un protagonista, Wang Er, «Wang el segundo», que se repite metamorfoseado en alguna de ellas a través de una omnipresente primera persona. Escritas en menos de una década, la primera en ser publicada, *La edad de oro* (1992), recoge las peripecias y el despertar sexual de uno de esos millones de «jóvenes ilustrados» enviados al campo a labores de reeducación durante la Revolución Cultural (1966-1976). Ambientada en esos años y en un contexto culturalmente politizado y políticamente represivo, supone una sátira no sólo de la utopía agraria maoísta, sino también una subversión del motivo clásico de los romances conocidos como «de estudiantes talentosos y damas hermosas» (*caizijiaren*)- en lugar de eso, el amor aquí es entre una golfa y un canalla. *La Edad de Plata*, segunda en la trilogía, tiene de fondo el escenario totalitario y distópico de un futuro próximo, donde por una parte un escritor homosexual se adentra en amoríos sadomasoquistas con un sádico policía, mientras por otra se relatan las peripecias de un pintor, otro Wang Er, sin permiso para pintar, que viaja en el tiempo como historiador de su presente. La tercera, *La Edad de Bronce*, retrocede unos siglos para retomar como escenario la forma y fondo de la tradición de los *chuanqi* o «trasmisión de lo extraordinario» de la dinastía Tang (618-907), dónde nos habla del eterno conflicto entre el individuo y su búsqueda existencial y los poderes reinantes siempre opresores. En esta última, los protagonistas se conducen entre pasado y presente, construyendo un diálogo donde los motivos clásicos se redefinen constantemente a la luz de nuevos tiempos. Es pues una trilogía dispar en cuanto a forma y fondo, compuesta de varios textos dispersos aunque unitarios, publicados como conjunto póstumamente en 1997. (por Tyra Díez)

Del estudio al supermercado: el contexto cultural de la China noventera

EL FIN *MANU MILITARI* DE LAS PROTESTAS de Tian'anmen en 1989 marcó un antes y un después en la historia más reciente de China. La reacción inmediatamente posterior del gobierno fue estrechar el cerco ideológico. Tras una década –la de 1980– marcada por debates culturales y políticos trepidantes, los escritores y académicos optaron por «retirarse al estudio» [1] para sumirse en una suerte de hibernación. Parapetados, iniciaron una actividad crítica puramente académica con el fin de poner orden a todo lo que había ocurrido en la década anterior. Como consecuencia, estallaron en abierto las contradicciones y tensiones latentes entre los intelectuales, que habían permanecido cubiertas bajo un consenso superficial en torno a objetivos como la «modernización» y la «reevaluación de todos los valores» [2].

Al mismo tiempo, la dirigencia encabezada por Deng Xiaoping, inició en el plano económico una huida hacia adelante (el complemento circunstancial de dirección es un decir) con el impulso de las reformas de mercado y un tímido alejamiento –que no retirada total– del Estado en algunos ámbitos. Al calor de las reformas, había venido surgiendo una *protoclase media* cuya relevancia fue creciendo con las reformas. En esta nueva coyuntura, el Estado vislumbra un nuevo canal de participación pública desligado de lo ideológico-político para esa *protoclase media*: el consumo. Así surge lo que Dai Jinhua denomina «protoespacio público» [3], cimentado en las intrincadas dinámicas entre el Estado (replegado pero no desaparecido), el mercado interno y el capitalismo global, en el centro de las cuales se sitúan los individuos de esa *protoclase media* en tanto que ciudadanos-consumidores. De esta manera, la cultura y la actividad intelectual que tanto habían marcado la escena pública en la década anterior se hallaban ahora arrinconadas por el mercado, marginadas y sumidas en una creciente irrelevancia y, además, privadas de la financiación estatal garantizada de la que habían gozado hasta entonces. Durante la década de 1980, los intelectuales chinos se vieron a sí mismos como herederos de la tradición del movimiento del Cuatro de Mayo, depositarios de un mensaje histórico que hacer llegar a la nación, pero en la década siguiente –como señala Zhang Xudong– fue el mercado el que acabó por entregar el mensaje [4]. Marginados, entre la espada de la irrelevancia y la pared del mercado, las únicas vías abiertas disponibles para los intelectuales y académicos fueron ejercer puestos funcionariales o bien adaptarse a los nuevos esquemas comerciales y a las demandas del creciente consumo cultural. Porque, como apunta Jing Wang, uno de los cambios más significativos de esta época será el redescubrimiento de lo cultural por parte de las autoridades como un espacio en el que desplegar nuevas técnicas de gobernanza y, a la vez, generar capital económico [5]. Surge así un mercado cultural relativamente variado orientado de forma muy marcada al consumo de masas, en el que menudean las revistas, periódicos, libros, cine y programas de televisión. El

coqueteo con lo comercial resultaba más plausible en el ámbito literario, donde autores como Jia Pingwa o Yu Hua fueron dejando atrás la experimentación de los 80 para concebir obras con mayor tirón comercial en los 90 y 2000. Surgen también nuevas figuras como Wang Shuo, capaz de moverse con facilidad y sin complejos por las aguas de la crítica social, la literatura y las series de televisión. Por el contrario, los intelectuales teóricos y académicos lo tuvieron más difícil para su conversión al modo *business*. Aún en el año 2000, Jin Guantao y Liu Qingfeng, dos de las figuras intelectuales más notables de la década de 1980, se lamentaban: «Hoy, el mal más común en la sociedad es la pérdida de conciencia crítica. Los intelectuales de finales del siglo XX son así de apocados: no sólo no se han desvanecido las grandes figuras del pensamiento del siglo XIX, sino que, además, tampoco queda ni rastro de las grandes figuras activas en la primera mitad del siglo XX [...] Los intelectuales se han convertido en esclavos del mercado, la división del trabajo y la especialización» [6]. He aquí el largo eco de un desencanto generalizado entre buena parte de la intelectualidad China desde los años 90, y que entre 1993 y 1995 cuajó en una serie de debates sobre la llamada «pérdida del espíritu humanístico» y la «vulgarización» de la cultura. Aquellos debates noventeros serían perfectamente extrapolables a las discusiones actuales sobre la crisis de las Humanidades.

Este es el contexto en el que Wang Xiaobo sale a la palestra. Desde la misma posición marginal en la que se había mantenido y de la que nunca salió de veras, blandió sus palabras contra toda forma de autoritarismo, tanto estatal como del mercado. Amante del «placer del pensar», rechazaba los extremos del utilitarismo en boga sin caer en el elitismo ni la hipocresía de quienes proponían eliminar «lo vulgar» en la cultura. Es esta capacidad de mostrar el pensar profundo y la cultura como una pulsión natural, sin ceder nunca a la afectación ni el esnobismo, lo que lo convierte en una figura tan inusual y merecedora de una amplia popularidad.

(Por Manuel Pavón Belizón)

REFERENCIAS:

- [1] CHEN Xiaoming, "Wenhua minzuzhuyi de xingqi", en *Ershiyi Shiji*, no. 39, febrero 1997, pág. 35.
- [2] Xu Jilin, "The Fate of the Enlightenment", en Gu, Edward y Goldman, Merle (eds.), *Chinese Intellectuals between State and Market*. London & NY: Routledge, 2004, pág. 190, 194.
- [3] DAI Jinhua, "Tu wei biaoan: jiushi niandai Zhongguo wenhua gaiguan", en *Zhongshan*, 97 (1994), pág. 99. Cit. en Zhang Xudong (ed.), *Whither China? Intellectual Politics in Contemporary China*. Durham & London: Duke University Press, 2001, pág. 339-40.
- [4] ZHANG Xudong, "Nationalism, Mass Culture and Intellectual Strategies in Post-Tiananmen China", en Zhang Xudong (ed.), *op. cit.*, pág. 328.
- [5] Jing WANG, "Culture as Leisure and Culture as Capital", en *Positions: East Asia Cultures Critique*, vol. 9, no. 1, Spring 2001, pág. 71, 73.
- [6] Jin Guantao y Liu Qingfeng, *Zhongguo xiandai sixiang de qi yuan*, prólogo a la 1ª edición de 2000. Beijing: Falü Chubanshe, 2011 (2ª edición).

思维的乐趣

王小波（著）

一

一 十五年前，我到农村去插队时，带了几本书，其中一本是奥维德的《变形记》，我们队里的人把它翻了又翻，看了又看，以至它像一卷海带的样子。后来别队的人把它借走了，以后我又在几个不同的地方见到了它，样子越来越糟。相信这本书最后是被人看没了的，现在还忘不了那本书的惨状。插队的生活是艰苦的，吃不饱，水土不服，很多人得了病；但是最大的痛苦是没有书看，倘若可看的书很多的话，《变形记》也不会这样悲惨地消失了。除此之外，还得不到思想的乐趣。我相信这不是我一个人的经历：傍晚时分，你坐在屋檐下，看着天慢慢地黑下去，心里寂寞而凄凉，感到自己的生命被剥夺了。当时我是个年轻人，但我害怕这样生活下去，衰老下去。在我看来，这是比死亡更可怕的事。

我插队的地方有军代表管着我们，现在我认为：他们是一批单纯的好人；但我还认为，在我这一生里，再没有谁比他们更使我痛苦了。他们认为，所谓思想的乐趣，就是一天二十四小时都用毛泽东思想来占领，早请示，晚汇报，如有闲暇，就去看看说他们自己“亚古都”的歌舞。我对那些歌舞本身并无意见，但是看过二十遍以后就厌倦了。假如我们看书被他们看到了，就是一场灾难，甚至“著鲁迅”的书也不成——小红书当然例外。顺便说一句，还真有人因为带了旧版的鲁迅著作给自己带来了麻烦。有一个知识可能将来还有用处，就是把有趣的书换上无趣的皮。我不认为自己能够在一些宗教仪式中得到思想的乐趣，所以一直郁郁寡欢。象这样的故事有些作者也写到过，比方说，茨威格写过一部以此为题材的小说《象棋》，可称是现代经典，但我不认为他把这种痛苦描写得充分了。这种痛苦的顶点不是被拘押在旅馆里没有书看，没有合格的谈话伙伴，而是被放在外面，感到天地之间同样寂寞，面对和你一样痛苦的同伴。在我们之前，生活过无数的大智者，比方说，罗素、牛顿、莎士比亚，他们的思想和著述可以使我们免于这种痛

苦，但我们和他们的思想、著述被隔绝了。一个人倘若需要从思想中得到快乐，那么他的第一个欲望就是学习。我承认，我在抵御这种痛苦方面的确不够坚强，但我绝不是最差的一个。举例言之，罗素在五岁时，感到寂寞而凄凉，就想到：假如我能活到七十岁，那么我这不幸的一生才度过了十四分之一！但是等他稍大一点，接触到智者的思想的火花，就改变了想法。假设他被派去插队，很可能就要自杀了。

谈到思维的乐趣，我就想到了父亲的遭遇。父亲是一位哲学教授，在五六十年代从事思维史的研究。在老年时，他告诉我一生的学术经历，就如一部恐怖电影。每当他企图立论时，总要在大一统的官方思想体系里找自己的位置，就如一只老母鸡要在一个大搬家的宅院里找地方孵蛋一样。结果他虽然热爱科学而且很努力，在一生中却没有得到思维的乐趣，只收获了无数的恐慌。他一生的探索，只剩下了一些断壁残垣，收到一本名为《逻辑探索》的书里，在他身后出版。众所周知，他那一辈的学人，一辈子能留下一本书就不错。这正是因为在那些年代，有人想把中国人的思想搞得彻底无味。我们这个国家里，只有很少的人会觉得思想会有乐趣，却有很多人感受过思想带来的恐慌，所以现在还有很多人以为，思想的味道就该是这样的。

二

文化革命之后，读到了徐迟先生写哥德巴赫猜想的报告文学，那篇文章写的很浪漫。一个人写自己不懂得的事就容易这样浪漫。我个人认为，对于一个学者来说，能够和同行交流是一种起码的乐趣。陈景润先生一个人在小房子里证数学题时，很需要有些国外的数学期刊可看，还需要有机会和数学界的同仁谈谈。但他没有，所以他未必是幸福的，当然他比没定理可证的人要快活。把一个定理证了十几年，就算证出时有绝大的乐趣，也不能平衡。但是在寂寞里枯坐就更加难熬。假如插队时，我懂得数论，必然会有陈先生的举动，而且就是最后什么都证不出也不后悔；但那个故事肯定比徐先生作品里描写得悲惨。然而，某个人被剥

夺了学习、交流、建树这三种快乐，仍然不能得到我最大的同情。这种同情我为那些被剥夺了“有趣”的人保留着。

文化革命以后，我还读到了阿城先生写知青下棋的小说，这篇小说写得也很浪漫。我这辈子下过的棋有五分之四是在插队时下的，同时我也从一个相当不错的棋手变成了一个无可救药的庸手。现在把下棋和插队两个词拉到一起，就能引起我生理上的反感。因为没事干而下棋，性质和手淫差不多。我决不肯把这样无聊的事写进小说里。

假如一个人每天吃一样的饭，干一样的活，再加上把八个样板戏翻过来倒过去的看，看到听了上句知道下句的程度，就值得我最大的同情。我最赞成罗素的一句话：“须知参差多态，乃是幸福的本源。”大多数的参差多态都是敏于思索的创造出来的。当然，我知道有些人不赞成我们的意见。他们必然认为，单一机械，乃是幸福的本源。老子说，要让大家“虚其心而实其腹”，我听了就不是很喜欢：汉儒废黜百家，独尊儒术，在我看来是个很卑鄙的行为。摩尔爵士设想了一个细节完备的乌托邦，但我象罗素先生一样，决不肯到其中去生活。在这个名单的末尾是一些善良的军代表，他们想把一切从我头脑中驱除出去，只剩一本 270 页的小红书。在生活的其它方面，某种程度的单调、机械是必须忍受的，但是思想决不能包括在内。胡思乱想并不有趣，有趣是有道理而且新奇。在我们生活的这个世界上，最大的不幸就是有些人完全拒绝新奇。

我认为自己体验到最大快乐的时期是初进大学时，因为科学对我来说是新奇的，而且它总是逻辑完备，无懈可击，这是这个平凡的尘世上罕见的东西。与此同时，也得以了解先辈科学家的杰出智力。这就如和一位高明的棋手下棋，虽然自己总被击败，但也有机会领略妙招。在我的同学里，凡和我同等年龄、有同等经历的人，也和我有同样的体验。某些单调机械的行为，比如吃、排泄、性交，也能带来快感，但因为过于简单，不能和这样的快乐相比。艺术也能带来这样的快乐，但是必须产生于真正的大师，象牛顿、莱布尼兹、爱因斯坦那样级别的人物，时下中国的艺术家，尚没有一位达到这样的级别。恕我直言，能够带来思想快乐的东西，只能是人类智慧至高的产物。比这再低一档的东西，只会给人带来痛苦；而这种低档货，就是出于功利的种种想法。

有必要对人类思维的器官（头脑）进行“灌输”的想法，正方兴未艾。我认为脑子是感知至高幸福的器官，有功利的想法施加在它上面，是可疑之举。有一些人说它是进行竞争的工具，所以人就该在出世之前学会说话，在三岁之前背诵唐诗。假如这样来使用它，那么它还能获得什么幸福，实在堪虞。知识虽然可以带来幸福，但假如把它压缩成药丸子灌下去，就丧失了乐趣。当然，如果有人乐意这样来对待自己的孩子，那不是我能管的事，我只是对孩子表示同情而已。还有人认为，头脑是表示自己是个好人的工具，为此必须学会背诵一批格言、教条——事实上，这是希望自己使看上去比实际上要好，十足虚伪。这使我感到了某种程度的痛苦，但还不是不能忍受的。最大的痛苦莫过于总有人想要种种理由消灭幸福所需要的参差多态。这些人想要这样做，最重要的理由是道德；说得更确切些，是出于功利方面的考虑。因此他们就把思想分门别类，分出好的和坏的，但所用的标准很是可疑。他们认为，假如人们脑子里灌满了好的东西，天下就会太平。因此他们准备用当年军代表对待我们的态度，来对待年轻人。假如说，思想是人类生活的主要方面，那么，出于功利的动机去改变人的思想，正如为了某个人的幸福把他杀掉一样，言之不能成理。

有些人认为，人应该充满境界高尚的思想，去掉格调低下的思想。这种说法听上去美妙，却使我感到恐慌。因为高尚的思想和低下的思想的总和就是我自己，倘若去掉一部分，我是谁就成了问题。假设有某君思想高尚，我是十分敬佩的；可是如果你因此想把我的脑子挖出来扔掉，换上他的，我绝不肯，除非你能够证明我罪大恶极，死有余辜。人既然活着，就有权保证他思想的连续性，到死方休。更何况那些高尚和低下完全是以他们自己的立场来度量的，假如我全盘接受，无异于请那些善良的思想母鸡到我脑子里下蛋，而我总不肯相信，自己的脖子上方，原来是长了一个鸡窝。想当年，我在军代表眼里，也是很低下的人，他们要把自己的思想方法、生活方式强加给我们，也是一种脑移植。菲尔丁曾说，既善良又伟大的人很少，甚至是绝无仅有的，所以这种脑移植带给我的不光是善良，还有愚蠢。在此我要很不

情愿地用一句功利的说法：在现实世界上，蠢人办不成什么事情。我自己当然希望变得更善良，但这种善良应该是我变得更聪明造成的，而不是相反。更何况赫拉克利特早就说过，善与恶为一，正如上坡和下坡是通一条路。不知道何为恶，焉知何为善？所以他们要求的，不过是人云亦云罢了。

假设我相信上帝（其实我是不信的），并且正在为善恶不分而苦恼，我就会请求上帝让我聪明到足以明辨是非的程度，而绝不会请他让我愚蠢到让人家给我灌输善恶标准的程度。假若上帝要我负起灌输的任务，我就要请求他让我在此项任务和下地狱中做一选择，并且我坚定不移的决心是：选择后者。

四

假如要我举出一生最善良的时刻，拿我就要举出刚当知青时，当时我一心想要解放全人类，丝毫也没有想到自己。同时我也要承认，当时我愚蠢得很，所以不仅没干成什么事情，反而染上了一身病，丢盔卸甲地逃回城里。现在我认为，愚蠢是一种极大的痛苦：降低人类的智能，乃是一种最大的罪孽。所以，以愚蠢教人，那是善良的人所能犯下的最严重的罪孽。从这个意义上说，我们决不可对善人放松警惕。假设我大奸大恶之徒所骗，心理还能平衡；而被善良的低智人所骗，我就不能原谅自己。

假如让我举出自己最不善良的时刻，那就是现在了。可能是因为受了一些教育，也可能是因为已经成年，反正你要让我去解放什么人的话，我肯定要先问问，这些人是谁，为什么需要帮助；其次还要问问，帮助他们是不是我能力所及；最后我还要想想，自己直奔云南去挖坑，是否于事有补。这样想来想去，我肯定不愿去插队。领导上硬要我去，我还得去，但是这以后挖坏了青山、造成了水土流失等等，就罪不在我。一般人认为，善良而低智的人是无辜的。假如这种低智是先天造成的，我同意。但是人可以发展自己的智力，所以后天的低智算不了无辜——再说，没有比装傻更便当的了。当然，这结论绝不是说当年那些军代表是些装傻的奸邪之辈——我至今相信他们是好人。我的结论是：假设善恶是可以判断的，那么明辨是非的前提就是发展智力，增广知识。然而，你劝一位自以为已经明辨是非的人发展智力，增广见识，他总会觉得你让他舍近求远，不仅

不肯，还会心生怨恨。我不愿为这样的小事去得罪人。

我现在当然有自己的善恶标准，而且我现在并不比别人表现得坏。我认为低智、偏执、思想贫乏是最大的邪恶。按这个标准，别人说我最善良，就是我最邪恶时；别人说我最邪恶，就是我最善良时。当然我不想把这个标准推荐给别人，但我认为，聪明、达观、多知的人，比之别样的人更堪信任。基于这种信念，我认为我们国家在“废黜百家，独尊儒术”之后，就丧失了很多机会。

我们这个民族总是有很多的理由封锁知识、钳制思想、灌输善良，因此有许多才智之士在其一生中丧失了学习、交流、建树的机会，没有得到思想的乐趣就死掉了。想到我父亲就是其中的一个，我就心中黯然，想到此类人士的总和恒河沙数之多，我就趋向于悲观。此种悲剧的起因，当然是现实世界里存在的种种问题。伟大的人物总认为，假设这世界上所有的人都象他期望的那样善良——更确切地说，都象他期望的那样思想，“思无邪”，或者“狠斗私字一闪念”，世界就可以得救。提出这些说法的人本身就是无邪或者无私的，他们当然不知邪和私是什么，故此这些要求就是：我没有的东西，你也不要。无数人的才智就此被扼杀了。考虑到那恒河沙数才智之士的总和是一种难以想象的庞大资源，这种想法就是打算把整个大海装入一个瓶子之中。我所看到的事实是，这种想法一直在实行中，也就是说，对于现实世界的问题，从愚蠢的方法找办法。据此我认为，我们国家自汉代以后，一直在进行思想上的大屠杀；而我能够这样想，只说明我是幸存者之一。除了对此表示悲伤之外，我想不到别的了。

五

我虽然已活到了不惑之年，但还常常为一件事感到疑惑：为什么有很多人总是这样的仇恨新奇、仇恨有趣。古人曾说：天不生仲尼，万古长如夜；但我有相反的想法。假设历史上曾有一位大智者，一下发现了一切新奇、一切有趣，发现了终极真理，根绝了一切发现的可能性，我就情愿到该智者以前的年代去生活。这是因为，假如这种终极真理已经被发现，人类所能做的事就只剩下依据这种真理来做价值

判断。从汉代以后到近代，中国人就是这么生活的。我对这样的生活一点都不喜欢。

我认为，在人类的一切智能活动里，没有比做价值判断更简单的事了。假如你是只公兔子，就有做出价值判断的能力——大灰狼坏，母兔子好；然而兔子就不知道九九表。此种事实说明，一些缺乏其他能力的人，为什么特别热爱价值的领域。倘若对自己做价值判断，还要付出一些代价；对别人做价值判断，那就太简单、太舒服了。讲出这样粗暴的话来，我的确感到羞愧，但我并不感到抱歉。因为这种人士带给我们的痛苦实在太多了。

在一切价值判断之中，最坏的一种是：想得太多、太深奥、超过了某些人的理解程度是一种罪恶。我们在体验思想的快乐时，并没有伤害到任何人；不幸的是，总有人觉得自己受了伤害。诚然，这种快乐不是每一个人都能体验到的，但我们不该对此负责任。我看不出有什么理由要取消这种快乐，除非把卑鄙的嫉妒计算在内——这世界上有人喜欢丰富，有人喜欢单纯；我未见过喜欢丰富的人妒恨、伤害喜欢单纯的人，我见到的情形总是相反。假如我对科学和艺术稍有所知的话，它们是源于思想乐趣的滔滔江河，虽然惠及一切人安这江河决不是如某些人所想象的那样，为他们而流，正如以思想为乐趣的人不是为他们而生一样。

对于一位知识分子来说，成为思维的精英，比成为道德精英更为重要。人当然有不思索、把自己变得愚笨的自由；对于这一点，我是一

点意见都没有的。问题在于思索和把自己变聪明的自由到底该不该有。喜欢前一种自由的人认为，过于复杂的思想会使人头脑昏乱，这听上去似乎有些道理。假如你把深山里一位质朴的农民请到城市的化工厂里，他也会因复杂的管理感到头晕，然而这不能成为取消化学工业的理由。所以，质朴的人们假如能把自己理解不了的事情看作是与己无关的事，那就好了。

假如现在我周围的世界又充满了文革时的军代表和道德教师，只能使我惊，不能使我惧。因为我已经活到了四十二岁。我在大学里遇到了把知识当做幸福来传播的数学教师，他使学习数学变成了一种乐趣。我遇到了启迪我智慧的人。我有幸读到了我想看的书——这个书单很是庞杂，从罗素的《西方哲学史》，一直到英国维多利亚时期的地下小说。这最后一批书实在是很不堪的，但我总算是把不堪的东西也看到了。当然，我最感谢的是那些写了好书的人，比方说，萧伯纳、马克·吐温、卡尔维诺、杜拉斯等等，但对那些写了坏书的人也不怨恨我自己也写了几本书，虽然还没来得及与大陆读者见面，但总算获得了一点创作的快乐。这些微不足道的幸福就能使我感到在一生中稍有所得，比我父亲幸福，比那些将在思想真空中煎熬一世的年轻人幸福。作为一个有过幸福和痛苦两种经历的人，我期望下一代人能在思想方面有些空间来感到幸福，而且这种空间比给我的大得多。而这些呼吁当然是对那些立志要当军代表和道德教师的人而发的。■

我的精神家园

王小波（著）

我十三岁时，常到我爸爸的书柜里偷书看。那时候政治气氛紧张，他把所有不宜摆在外面的书都锁了起来，在那个柜子里，有奥维德的《变形记》，朱生豪译的莎翁戏剧，甚至还有《十日谈》。柜子是锁着的，但我哥哥有捅开它的方法。他还有说服我去火中取栗的办法：你小，身体也单薄，我看爸爸不好意思揍你。但实际上，在揍我这个问题上，我爸爸显得不够绅士派，我的手脚也不太灵活，总给他这种机会。总而言之，偷出书来两人看，挨揍则是我一人挨，就这样看了一些书。虽然很吃亏，但我也并不后悔。

看过了《变形记》，我对古希腊着了迷。我哥哥还告诉我说：古希腊有一种哲人，穿着宽松的袍子走来走去。有一天，有一位哲人去看朋友，见他不在，就要过一块涂蜡的木板，在上面随意挥洒，画了一条曲线，交给朋友的家人，自己回家去了。

那位朋友回家，看到那块木板，为曲线的优美所折服；连忙埋伏在哲人家左近，待他出门时闯进去，要过一块木板，精心画上一条曲线……当然，这故事下余的部分就很容易猜了：哲人回了家，看到朋友留下的木板，又取一块蜡板，把自己的全部心胸画在一条曲线里，送

给朋友去看，使他真正折服。现在我想，这个故事是我哥哥编的。但当时我还认真地想了一阵，终于傻呵呵地说道：这多好啊。时隔三十年回想起来，我并不羞愧。井底之蛙也拥有一片天空，十三岁的孩子也可以有一片精神家园。此外，人有兄长是好的。虽然我对国家的计划生育政策也无异议。

长大以后，我才知道科学和艺术是怎样的事业。我哥哥后来是已故逻辑大师沈有鼎先生的弟子，我则学了理科；还在一起讲过真伪之分的心得、对热力学的体会；但这已是我二十多岁的事。再大一些，我到国外去旅行，在剑桥看到过使牛顿体会到万有引力的苹果树，拜伦拐着腿跳下去游水的“拜伦塘”，但我总在回想幼时遥望人类智慧星空时的情景。千万丈的大厦总要有片奠基石，最初的爱好无可替代。所有的智者、诗人，也许都体验过儿童对着星光感悟的一瞬。我总觉得，这种爱好对一个人来说，就如性爱一样，是不可少的。

我时常回到童年，用一片童心来思考问题，很多烦难的问题就变得易解。人活着当然要做一番事业，而且是人文的事业；就如有一条路要走。假如是有位老学究式的人物，手执教鞭戒尺打着你走，那就不是走一条路，而是背一本宗谱。我听说前苏联就是这么教小孩子的：要背全本的普希金、半本莱蒙托夫，还要记住俄罗斯是大象的故乡（萧斯塔科维奇在回忆录里说了很多）。我们这里是怎样教孩子的，我就不说了，以免得罪师长。我很怀疑会背宗谱

就算有了精神家园，但我也不想说服谁。安徒生写过光荣的荆棘路，他说人文的事业就是一片着火的荆棘，智者仁人就在火里走着。当然，他是把尘世的囂囂都考虑在内了，我觉得用不着想那么多。用宁静的童心来看，这条路是这样的：它在两条竹篱笆之中。篱笆上开满了紫色的牵牛花，在每个花蕊上，都落了一只蓝蜻蜓。这样说固然有煽情之嫌，但想要说服安徒生，就要用这样的语言。维特根斯坦临终时说：告诉他们，我度过了美好的一生。这句话给人的感觉就是：他从牵牛花丛中走过来了。虽然我对他的事业一窍不通，但我觉得他和我是一头儿的。

我不大能领会下列说法的深奥之处：要重建精神家园、恢复人文精神，就要灭掉一切俗人——其中首先要灭的，就是风头正健的俗人。假如说，读者兜里的钱是有数的，买了别人的书，就没钱来买我的书，所以要灭掉别人，这个我倒能理解，但上述说法不见得有如此之深奥。假如真有这么深奥，我也不赞成——我们应该像商人一样，严守诚实原则，反对不正当的竞争。让我的想法和作品成为囂囂尘世上的正宗，这个念头我没有，也不敢有。既然如此，就必须解释我写文章（包括这篇文章）的动机。坦白地说，我也解释不大清楚，只能说：假如我今天死掉，恐怕就不能像维特根斯坦一样说道：我度过了美好的一生；也不能像斯汤达一样说：活过，爱过，写过。我很怕落到什么都说不出的结果，所以正在努力工作。■

沉默的大多数

王小波（著）

一

君特·格拉斯在《铁皮鼓》里，写了一个不肯长大的人。小奥斯卡发现周围的世界太过荒诞，就暗下决心要永远做小孩子。在冥冥之中，有一种力量成全了他的决心，所以他就成了个侏儒。这个故事太过神奇，但很有意思。人要永远做小孩子虽办不到，但想要保持沉默是能办到的。在我周围，像我这种性格的人特多——在公众场合什么都不说，到了私下里则

妙语连珠，换言之，对信得过的人什么都说，对信不过的人什么都不说。起初我以为这是因为经历了严酷的时期（“文革”），后来才发现，这是中国人的通病。龙应台女士就大发感慨，问中国人为什么不说话。她在国外住了很多年，几乎变成了个心直口快的外国人。她把保持沉默看作怯懦，但这是不对的。沉默是一种生活方式，不但是中国人，外国人中也有选择这种生活方式的。

我就知道这样一个例子：他是前前苏联的大作曲家萧斯塔科维奇。有好长一段时间他写自己的音乐，一声也不吭。后来忽然口授了一

厚本回忆录，并在每一页上都签了名，然后他就死掉了。据我所知，回忆录的主要内容，就是谈自己在沉默中的感受。阅读那本书时，我得到了很大的乐趣——当然，当时我在沉默中。把这本书借给一个话语圈子里的朋友去看，他却得不到任何的乐趣，还说这本书格调低下，气氛阴暗。那本书里有一段讲到了前苏联三十年代，有好多人的名字忽然就不见了，所以大家都很害怕，人们之间都不说话；邻里之间起了争纷都不敢吵架，所以有了另一种表达感情的方式，就是往别人烧水的壶里吐痰。顺便说一句，前苏联人盖过一些宿舍式的房子，有公用的卫生间、盥洗室和厨房，这就给吐痰提供了方便。我觉得有趣，是因为像萧斯塔科维奇那样的大音乐家，戴着夹鼻眼镜，留着山羊胡子，吐起痰来一定多有不便。可以想见，他必定要一手抓住眼镜，另一手护住胡子，探着头去吐。假如就这样被人逮到揍上一顿，那就更有趣了。其实萧斯塔科维奇长得什么样，我也不知道。我只是想象他是这个样子，然后就哈哈大笑。我的朋友看了这一段就不笑，他以为这样吐痰动作不美，境界不高，思想也不好。这使我不敢与他争辩——再争辩就要涉入某些话语的范畴，而这些话语，就是阴阳两界的分界线。

看过《铁皮鼓》的人都知道，小奥斯卡后来改变了他的决心，也长大了。我现在已决定了要说话，这样我就不是小奥斯卡，而是大奥斯卡。我现在当然能同意往别人的水壶里吐痰是思想不好，境界不高。不过有些事继续发生在我身边，举个住楼的人都知道的例子：假设有人常把一辆自行车放在你门口的楼道上，挡了你的路，你可以开口去说——打电话给居委会；或者直接找到车主，说道：同志，“五讲四美”，请你注意。此后他会用什么样的语言来回答你，我就不敢保证。我估计他最起码要说你“事儿”，假如你是女的，他还会说你“事儿妈”，不管你有多大岁数，够不够做他妈。当然，你也可以选择沉默的方式来表达自己对这种行为的厌恶之情：把他车胎里的气放掉。干这件事时，当然要注意别被车主看见。还有一种更损的方式，不值得推荐，那就是在车胎上按上个图钉。有人按了图钉再拔下来，这样车主找不到窟窿在哪儿，补胎时更困难。假如车子可以搬动，把它挪到难找的地方去，让车主找不着它，也是一种选择。这方面就说这么多，因为我不想教坏。这些事使我想到了福柯先生的话：话语即权力。这话应该倒过来

说：权力即话语。就以上面的例子来说，你要给人讲“五讲四美”，最好是戴上个红箍。根据我对事实的了解，红箍还不大够用，最好穿上一身警服。“五讲四美”虽然是些好话，讲的时候最好有实力或者说是身份作为保证。话说到这个地步，可以说说当年和朋友讨论萧斯塔科维奇，他一说到思想、境界等等，我为什么就一声不吭——朋友倒是个很好的朋友，但我怕他挑我的毛病。

一般人从七岁开始走进教室，开始接受话语的熏陶。我觉得自己还要早些，因为从我记事时开始，外面总是装着高音喇叭，没黑没夜地乱嚷嚷。从这些话里我知道了土平炉可以炼钢，这种东西和做饭的灶相仿，装了一台小鼓风机，嗡嗡地响着，好像一窝飞行的屎克螂。炼出的东西是一团团火红的粘在一起的锅片子，看起来是牛屎的样子。有一位手持钢钎的叔叔说，这就是钢。那一年我只有六岁，以后有好长一段时间，一听到钢铁这个词，我就会想到牛屎。从那些话里我还知道了一亩地可以产三十万斤粮，然后我们就饿得要死。总而言之，从小我对讲出来的话就不大相信，越是声色俱厉，嗓门高亢，我越是不信，这种怀疑态度起源于我饥饿的肚肠。和任何话语相比，饥饿都是更大的真理。除了怀疑话语，我还有一个恶习，就是吃铅笔。上小学时，在课桌后面一坐定就开始吃。那种铅笔一毛三支，后面有橡皮头。我从后面吃起，先吃掉柔软可口的橡皮，再吃掉柔韧爽口的铁皮，吃到木头笔杆以后，软糟糟的没什么味道，但有一点香料味，诱使我接着吃。终于把整支铅笔吃得只剩了一支铅芯，用橡皮膏缠上接着使。除了铅笔之外，课本、练习本，甚至课桌都可以吃。我说到的这些东西，有些被吃掉了，有些被啃得十分狼藉。这也是一个真理，但没有用话语来表达过：饥饿可以把小孩子变成白蚁。

这个世界上有个很大的误会，那就是以为人的种种想法都是由话语教出来的。假设如此，话语就是思维的样板。我说它是个误会，是因为世界还有阴的一面。除此之外，同样的话语也可能教出些很不同的想法。从我懂事的年龄起，就常听人们说：我们这一代，生于一个神圣的时代，多么幸福；而且肩负着解放天下三分之二受苦人的神圣使命，等等。同年龄的人听了都很振奋，很爱听，但我总有点疑问，这么多美事怎么都叫我赶上了。除此之外，我以为这

种说法不够含蓄。而含蓄是我们的家教。在三年困难时期，有一天开饭时，每人碗里有一小片腊肉。我弟弟见了以后，按捺不住心中的狂喜，冲上阳台，朝全世界放声高呼：我们家吃大鱼大肉了！结果是被我爸爸拖回来臭揍了一顿。经过这样的教育，我一直比较深沉。所以听到别人说我们多么幸福，多么神圣，别人在受苦，我们没有受等等，心里老在想着：假如我们真遇上了这么多美事，不把它说出来会不会更好。当然，这不是说，我不想履行自己的神圣职责。对于天下三分之二的受苦人，我是这么想的：与其大呼小叫说要去解放他们，让人家苦等，倒不如一声不吭，忽然有一天把他们解放，给他们一个意外惊喜。总而言之，我总是从实际的方面去考虑，而且考虑得很周到。幼年的经历、家教和天性谨慎，是我变得沉默的起因。

二

在我小时候，话语好像是一池冷水，它使我一身一身起鸡皮疙瘩。但不管怎么说吧，人来到世间，仿佛是来游泳的，迟早要跳进去。我可没有想到自己会保持沉默直到四十岁，假如想到了，未必有继续生活的勇气。不管怎么说吧，我听的话也不总是那么疯，是一阵疯，一阵不疯。所以在十四岁之前，我并没有终身沉默的决心。

小的时候，我们只有听人说话的份儿。当我的同龄人开始说话时，给我一种极恶劣的印象。有位朋友写了一本书，写的是自己在“文革”中的遭遇，书名为《血统》。可以想见，她出身不好。她要我给她的书写个序。这件事使我想起来自己在那些年的所见所闻。“文革”开始时，我十四岁，正上初中一年级。有一天，忽然发生了惊人的变化，班上的一部分同学忽

然变成了红五类，另一部分则成了黑五类。我自己的情况特殊，还说不清是哪一类。当然，这红和黑的说法并不是我们发明出来，这个变化也不是由我们发起的。在这方面我们毫无责任。只是我们中间的一些人，该负一点欺负同学的责任。

照我看来，红的同学忽然得到了很大的好处，这是值得祝贺的。黑的同学忽然遇上了很大的不幸，也值得同情。不等我对他们一一表示祝贺和同情，一些红的同学就把脑袋刮光，束上了大皮带，站在校门口，问每一个想进来的人：你什么出身？他们对同班同学问得格外仔细，一听到他们报出不好的出身，就从牙缝里迸出三个字：“狗崽子！”当然，我能理解他们突然变成了红五类的狂喜，但为此非要使自己的同学在大庭广众下变成狗崽子，未免也太过分。当年我就这么想，现在我也这么想：话语教给我们很多，但善恶还是可以自明。话语想要教给我们，人与人生来就不平等。在人间，尊卑有序是永恒的真理，但你也可以不听。

我上小学六年级时，暑期布置的读书作业是《南方来信》。那是一本记述越南人民抗美援朝斗争的读物，其中充满了处决、拷打和虐杀。看完以后，心里充满了怪怪的想法。那时正在青春期的前沿，差一点要变成个性变态了。总而言之，假如对我的那种教育完全成功，换言之，假如那些园丁、人类灵魂的工程师对我的期望得以实现，我就想象不出现在我怎能不嗜杀成性、怎能不残忍，或者说，在我身上，怎么还会保留了一些人性。好在人不光是在书本上学习，还会在沉默中学习。这是我人性尚存的主因。至于话语，它教给我的是：要横扫一切牛鬼蛇神，把“文化革命”进行到底。当时话语正站在人性的反面上。假如完全相信它，就不会有人性。[...]

一只特立独行的猪

王小波（著）

插队的时候，我喂过猪，也放过牛。假如没有人来管，这两种动物也完全知道怎样生活。它们会自由自在地闲逛，饥则食渴则饮，春天来临时还要谈谈爱情；这样一来，它们的生活层次很低，完全乏善可

陈。人来了以后，给它们的生活作出了安排：每一头牛和每一口猪的生活都有了主题。就它们中的大多数而言，这种生活主题是很悲惨的：前者的主题是干活，后者的主题是长肉。我不认为这有什么可抱怨的，因为我当时的生活也

不见得丰富了多少，除了八个样板戏，也没有什么消遣。有极少数的猪和牛，它们的生活另有安排，以猪为例，种猪和母猪除了吃，还有别的事可干。就我所见，它们对这些安排也不大喜欢。种猪的任务是交配，换言之，我们的政策准许它当个花花公子。但是疲惫的种猪往往摆出一种肉猪（肉猪是阉过的）才有的正人君子架势，死活不肯跳到母猪背上去。母猪的任务是生崽儿，但有些母猪却要把猪崽儿吃掉。总的来说，人的安排使猪痛苦不堪。但它们还是接受了：猪总是猪啊。

对生活做种种设置是人特有的品性。不光是设置动物，也设置自己。我们知道，在古希腊有个斯巴达，那里的生活被设置得了无生趣，其目的就是要使男人成为亡命战士，使女人成为生育机器，前者像些斗鸡，后者像些母猪。这两类动物是很特别的，但我以为，它们肯定不喜欢自己的生活。但不喜欢又能怎么样？人也好，动物也罢，都很难改变自己的命运。[...]

黄金时代

王小波（著）

一

我二十一岁时，正在云南插队。陈清扬当时二十六岁，就在我插队的地方当医生。我在山下十四队，她在山上十五队。有一天她从山上下来，和我讨论她不是破鞋的问题。那时我还不大认识她，只能说有一点知道。她要讨论的事是这样的：虽然所有的人都说她是一个破鞋，但她以为自己不是的。因为破鞋偷汉，而她没有偷过汉。虽然她丈夫已经住了一年监狱，但她没有偷过汉。在此之前也未偷过汉。所以她简直不明白，人们为什么要说她是破鞋。如果我要安慰她，并不困难。我可以从逻辑上证明她不是破鞋。如果陈清扬是破鞋，即陈清扬偷汉，则起码有一个某人为其所偷。如今不能指出某人，所以陈清扬偷汉不能成立。但是我偏说，陈清扬就是破鞋，而且这一点毋庸置疑。

陈清扬找我证明她不是破鞋，起因是我找她打针。这事经过如下：农忙时队长不叫我犁田，而是叫我去插秧，这样我的腰就不能经常直立，认识我的人都知道，我的腰上有旧伤，而且我身高在一米九以上。如此插了一个月，我腰痛难忍，不打封闭就不能入睡。我们队医务室那把针头镀层剥落，而且都有倒钩，经常把我腰上的肉钩下来。后来我的腰就像中了散弹枪，伤痕久久不褪。就在这种情况下，我想起十五队的队医陈清扬是北医大毕业的大夫，对针头和勾针大概还能分清，所以我去找她看

病，看完病回来，不到半个小时，她就追到我屋里来，要我证明她不是破鞋。

陈清扬说，她丝毫不藐视破鞋。据她观察，破鞋都很善良，乐于助人，而且最不乐意让人失望。因此她对破鞋还有一点钦佩。问题不在于破鞋好不好，而在于她根本不是破鞋。就如一只猫不是一只狗一样。假如一只猫被人叫成一只狗，它也会感到很不自在。现在大家都管她叫破鞋，弄得她魂不守舍，几乎连自己是谁都不知道了。

陈清扬在我的草房里时，裸臂赤腿穿一件白大褂，和她在山上那间医务室里装束一样，所不同的是披散的长发用个手绢束住，脚上也多了一双拖鞋。看了她的样子，我就开始捉摸：她那件白大褂底下是穿了点什么呢，还是什么都没穿。这一点可以说明陈清扬很漂亮，因为她觉得穿什么不穿什么无所谓。这是从小培养起来的自信心。我对她说，她确实是个破鞋，还举出一些理由来：所谓破鞋者，乃是一个指称，大家都说你是破鞋，你就是破鞋，没什么道理可讲。大家说你偷了汉，你就是偷了汉，这也没什么道理可讲。至于大家为什么要说你是破鞋，照我看是这样：大家都认为，结了婚的女人偷汉，就该面色黝黑，乳房下垂。而你脸不黑而且白，乳房不下垂而且高耸，所以你是破鞋。假如你不想当破鞋，就要把脸弄黑，把乳房弄下垂，以后别人就不说你是破鞋。当然这样很吃亏，假如你不想吃亏，就该去偷个汉来。这样你自己也认为自己是个破鞋。别人

没有义务先弄明白你是否偷汉再决定是否管你叫破鞋。你倒有义务叫别人无法叫你破鞋。陈清扬听了这话，脸色发红，怒目圆睁，几乎就要打我一耳光。这女人打人耳光出了名，好多人吃过她的耳光。但是她忽然泄了气，说：好吧，破鞋就破鞋吧。但是垂不垂黑不黑的，不是你的事，她还说，假如我在这些事上琢磨得太多，很可能会吃耳光。

倒退到二十年前，想像我和陈清扬讨论破鞋问题时的情景。那时我面色焦黄，嘴唇干裂，上面沾了碎纸和烟丝，头发乱如败棕，身穿一件破军衣，上面好多破洞都是橡皮膏粘上的，跷着二郎腿，坐在木板床上，完全是一副流氓相。你可以想像陈清扬听到这么个人说起她的乳房下垂不下垂时，手心是何等的发痒。她有点神经质，都是因为有很多精壮的男人找她看病，其实却没有病。那些人其实不是去看大夫，而是去看破鞋。只有我例外。我的后腰上好像被猪八戒筑了两耙。不管腰疼真不真，光那些窟窿也能成为看医生的理由。这些窟窿使她产生一个希望，就是也许能向我证明，她不是破鞋，有一个人承认她不是破鞋，和没人承认大不一样。可是我偏让她失望。

我是这么想的：假如我想证明她不是破鞋，就能证明她不是破鞋，那事情未免太容易了。实际上我什么都不能证明，除了那些不需证明的东西。春天里，队长说我打瞎了他家母狗的左眼，使它老是偏过头来看人，好像在跳芭蕾舞，从此后他总给我小鞋穿。我想证明我自己的清白无辜，只有以下三个途径：

1. 队长家不存在一只母狗；2、该母狗天生没有左眼；3、我是无手之人，不能持枪射击。

结果是三条一条也不成立。队长家确有一棕色母狗，该母狗的左眼确是后天打瞎，而我

不但能持枪射击，而且枪法极精。在此之前不久，我还借了罗小四的汽枪，用一碗绿豆做子弹，在空粮库里打下了二斤耗子。当然，这队里枪法好的人还有不少，其中包括罗小四。汽枪就是他的，而且他打瞎队长的母狗时，我就在一边看着。但是我不能揭发别人，罗小四和我也不错。何况队长要是能惹得起罗小四，也不会认准了是我。所以我保持沉默。沉默就是默认。所以春天我去插秧，撅在地里像一根半截电线杆，秋收后又去放牛，吃不上热饭。当然，我也不肯无所作为。有一天在山上，我正好借了罗小四的汽枪，队长家的母狗正好跑到山上叫我看见，我就射出一颗子弹打瞎了它的右眼。该狗既无左眼，又无右眼，也就不能跑回去让队长看见——一天知道它跑到哪儿去了。

我记得那些日子里，除了上山放牛和在家里躺着，似乎什么也没做。我觉得什么都与我无关。可是陈清扬又从山上跑下来找我。原来又有了另一种传闻，说她在和我搞破鞋。她要我给出我们清白无辜的证明。我说，要证明我们无辜，只有证明以下两点：

1、陈清扬是处女；2、我是天阉之人，没有性交能力。

这两点都难以证明。所以我们不能证明自己无辜。我倒倾向于证明自己不无辜。陈清扬听了这些话，先是气得脸白，然后满面通红，最后一声不吭地站起来走了。

陈清扬说，我始终是一个恶棍。她第一次要我证明她清白无辜时，我翻了一串白眼，然后开始胡说八道，第二次她要我证明我们俩无辜，我又一本正经地向她建议举行一次性交。所以她就决定，早晚要打我一个耳光。假如我知道她有这样的打算，也许后面的事情就不会发生。■

王小波的意义

李银河（著）

在 王小波辞世十五年之际，我想谈谈王小波的意义。起因是有记者提出一个问题：为什么主流文学界一直对王小波不予置评。他们采访到的一些官方评论家甚至说：王小波是谁？我没读过。一个客观事实是：尽管王小波在全国的大学生（甚至一些比较好

的中学例如北京四中的中学生）中间已经是偶像级人物，但是他并不是作协会员，也没得过国内任何一个文学奖（台湾和海外的奖项倒是有过几个），官方的文学史里也没有他的名字。

我觉得这个奇特现状的原因在于，按照中国当代文学的评价体系，王小波的确没地方放，

无法置评，因为他从经历到作品都游离在这个体系之外。所谓经历是指他既非文学系的学生，也非作协会员，只是一个自由的写作者；所谓作品的游离是指，他的写作目的和他的作品都远离既存评价体系，因此使得体系内的评论家无从评判，只能沉默。

王小波在很年轻的时候就曾说过：我要试着创造出一点美。这就是他的文学的全部目的。而官方文学的目的却不在于此，它有太多美感之外的功能。

在官方的文学体系中，文学首先要承载意识形态的功能，它或者是这个阶级的，或者是那个阶级的；或者是进步的，或者是落后的；或者是正确的，或者是错误的。正确的得到正面评价；错误的得到负面评价。在某个特殊时代，作家要为他们作品的错误受到批判、斗争甚至行政处罚。

其次，文学要承载宣传和阐释的功能，它要传播某一时代认为正确的价值，是意识形态的图像和符号的阐释。在某些时候，它甚至被要求有战斗力和杀伤力，为某一个阶级和某种政治斗争服务，它的作用是冲锋陷阵的号角和投向敌人的匕首。在意识形态改变之后，文学被要求为新的价值服务，批判旧的价值。这就是所谓“伤痕文学”的功能。正因为如此，我不愿意听到有人把《黄金时代》叫做“知青文学”，觉得完全文不对题。

再次，文学要提升人的灵魂，它要负责把坏人教育成好人，使坏人看了幡然悔悟，从此洗心革面；使好人看了备受鼓舞，更加意气风发。一位受人尊敬的老前辈在读了王小波的《黄金时代》之后说：没有感觉到这本书能够提升人的灵魂。王小波为这一评价相当郁闷，耿耿于怀，不然不会在一篇杂文中专门提到：

神话与反神话

戴锦华（著）

王 小波以他的反神话写作构造了一个新的神话：一个孤独而自由的个人的神话。这神话甚至在他身后构造着一次对“自由”的祭奠与“庆典”。一个“自由人的形象”，甚至在某种程序淹没了他作为一个极为独特的作家的身分。

我最想做的不是提升别人的灵魂，而是提升自己的灵魂。

王小波的文学与上述一切毫无关系。如果说王朔的文学一直以顽童的姿态对既存意识形态极尽挑战、挖苦和揶揄之能事，王小波则是对它完全不搭理，好像它根本就不存在。不管有意还是无意，在王小波心目中，这个体系等于零，是无，是不存在。所以孙郁先生说：王小波是中国文学的一个异数。像这个地球上各个角落的自由写作者一样，王小波的目标非常质朴，那就是创造出一点点美，一点点无中生有的美。他的文学既没有政治功能，也没有商业目的，甚至没有一般的娱乐功能，是纯到不能再纯的纯文学。当然，在他的写作中，时代和现实社会是他的人物和故事的背景，但也仅仅是背景而已，既不是他的批评对象，更不是他小说的主题。

王小波与当代中国文学主流价值观的游离是官方评价对他的文学保持沉默的原因：一个既存的评价体系只能根据用惯的标准来评价好坏，给予褒贬；对于一个完全游离于这个评价体系之外的东西就只能是狗咬刺猬，无从下嘴了。

尽管官方评价一直保持沉默，读者和认真的写作者却不是这样。前者从十五年来各种版本的王小波作品选本层出不穷，盗版书也狂卖不止，可以得到证明；后者有冯唐的文章为证：他第一次读到王小波是在厕所便秘的时候，发现的快乐使他差点像阿基米德一样光屁股跑上街。他发现的是什么？他从王小波的文学发现：原来小说可以这样写。他称王小波是现代汉语文学一个“好得不得了开始”，所谓“开始”是一个极为严重的判断：在“开始”之前是一片虚无。

在王小波溘然辞世之后，众多的纪念文字中出现率最高的字眼是“自由”与“理性”。这不仅是指他辞去高校教职，选择了自由撰稿人的角色；也不仅是指他在任何文学机构之外，身为一个自由的“职业作家”；同时指称着他作为一个自由的思想者：他思考自由，并以他

独有的方式书写自由。然而，如果说在王小波灿烂而沉重的戏谑笑容背后是一颗浪漫骑士的心灵（参见李银河《浪漫骑士·行吟诗人·自由思想家》，《时代三部曲》代跋，《青铜时代》，第621页，广州，花城出版社，1997年5月）；那么，“自由”与“理性”在王小波的笔下，尤其是在他的小说里，并非一个新的神话、一个浪漫的传说；而是一份清醒的伤痛，一个被沉思并拆解的对象；而在他的行为与书写方式中，它是多重意义上的实践，一种间或充满痛楚与迷惘的实践。从某种意义上说，王小波的作品中充满了奇异的、非理性的场景。但它们并非仅仅是明洁的理性之镜映照出的异己者与敌人，相反，一如自由始终是压迫“游戏”中必须的一方；非理性也始终内含于理性的实践之中。于是它不仅是理性与自由的书写，而且是对理性与自由的书写。

王小波死于华年。这四个字用在他这里毫无矫饰的色彩。它是一个直接而令人悸痛的事实。四十岁，是一个思想者成熟的年龄，是一个渴望书写传世之作的作家成熟的年龄；何况王小波是一个沉默了如此之久的作家。笔者瞩目于王小波，在于他以他奇异的想象、简捷而飞扬的文字之舞建造了一处文学的迷宫，宛如一份“世纪末的华丽”；然而，与其说他是在书写这类华丽，不如说他是在撕碎种种华丽之时，书写着世纪的灰暗——尽管这灰暗的图景为奇诡的想象之帆所负载，始终鼓动着一份富丽的荒诞与酣畅的反讽。

不错，在当代中国文学中还绝少有人如王小波般地以着魔且透彻且迷人的方式书写“历史”与权力的游戏；但它所指涉的固然是具体的中国历史，首先是我作为其同代人的梦魇记忆：文化大革命的岁月；但远不仅于此，它同时是亘古岿然的权力之轮，是暴力与抗暴，是施虐与受虐，是历史之手、权力之轭下的书写与反书写，是记忆与遗忘。在笔者看来，王小波及其文学作品所成就的并非一个挺身抗暴者的形象、一个文化英雄（或许可以说，这正是王小波所不耻并调侃的形象：抗暴不仅是暴力/权力游戏的必要组成部分，而且间或是一份“古老”的“媚雅”），而是一个思索者——或许应该径直称之为知识分子、一次几近绝望地“寻找无双”——智慧遭遇（参见《寻找无双》序，《青铜时代》，第473页，广州，花城出版社，1997年5月）之旅；它所直面的不仅是暴力与禁令、不仅是残暴的、或伪善的面孔之壁，而且是“无害”的谎言、“纯洁”的遗忘、对各色“合法”暴力的目击及其难于背负的心灵忏悔。王小波对历史中的暴力与暴力历史的书写，与其说呈现了一幅黑白分明、善恶对立的图景，不如说构造一幕幕狂欢场面；或许正是在古老的西方狂欢节精神的意义上，王小波的狂欢场景酷烈、残忍而酣畅淋漓。这间或实践着另一处颠覆文化秩序的狂欢。在其小说不断的颠覆、亵渎、戏仿与反讽中，类似正剧与悲剧的历史图景化为纷纷扬扬和碎片；在碎片飘落处，显现出的是被重重叠叠的“合法”文字所遮没的边缘与语词之外的生存。■



El diario de la señorita Sofía

莎菲女士的日記

En el hospital

在醫院中

Ding Ling 丁玲

Estudio preliminar

«FEMINISMO, REVOLUCIÓN Y

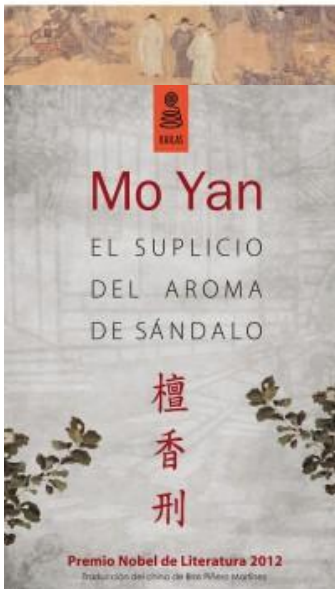
LITERATURA EN DING LING»

Tani E. Barlow

Traducido del chino por

Tyra Diez

Edicions Bellaterra



Mo Yan

EL SUPPLICIO
DEL AROMA
DE SÁNDALO

檀
香
刑

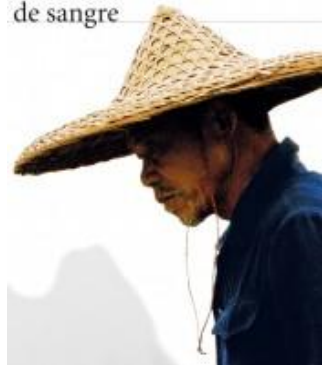
Premio Nobel de Literatura 2012

Traducción del chino de Rosa Risco y Maribel

Séix Barral Biblioteca Fomentor

Yu Hua

Crónica de un vendedor
de sangre



anuario china traducida 2014



consúltalo en
china-traducida.net/recursos/anuario

